2926

ANGEL TORRES DEL ALAMO Y ANTONIO ASENJO

CHARITO, LA SAMARITANA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL

PRIMERA EDICION

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
CALLE DEL PRADO, 24
—
1915

17

CHARITO, LA SAMARITANA

Esta obra es propiedad de sus autores y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suéde, la Norvége et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

CHARITO, LA SAMARITANA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ANGEL TORRES DEL ALAMO

Y

ANTONIO ASENJO

Estrenada en el Teatro de La Zarzuela de Madrid.
el día 22 de Septiembre de 1915, por la compañía que dirige D. Francisco García Ortega.

PRIMERA EDICIÓN

Copyright, by Torres del Alamo y Asenjo, 1915.

MADRID
Imprenta de "El Mentidero", Carrera de San Francisco, 13.
Teléfono núm. 5.075.

1915

A nuestro buen amigo,

el popular alcalde de Madrid

D. José del Prado y Palacio.

Angel Torres del Alamo

Antonio Asenjo.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CHARITO LA SAMARITANA. .	Srta. Hortensia Gelabert.
ENCARNA.....	Sra. Nestosa.
ENGRACIA.....	Srta. Nieves Suárez.
MARIQUITA ALBORNOZ.....	Srta. Margarita Diaz
DOÑA CELESTINA.....	Sra. Julia Sala.
LA "BELLA PALMIRA".....	Srta. Fraternidad Lombera.
LA "VALENCIANITA".....	Srta. Carmen Gracia.
LA MELAMPA.....	Srta. Margarita Gelabert.
LA "DUQUESA".....	Srta. Regina Vazquez
ROBERTO MARTIN.....	Ramón Gatuellas.
PERICO NOGALES.	Francisco García Ortega.
QUITERIO "EL SAMARITANO"	Jose Calle.
DON RAMIRO MONTENEGRO	Guirau.
PACO "EL BADANAS".....	López Alonso.
REGULEZ.....	Moreno.
EDUARDO.....	Mora.
CARLITOS.....	Roa.
AVISADOR.....	Sr. Ruiz
MOZO 1.º MOZO 2.º	Gómez.

Camareros, Parroquianos, Cupletistas que no hablan pero toman cosas. etc. etc.

La acción en Madrid. ***Epoca actual.***

Derecha e izquierda, las del público.

ACLARACIONES

(Deben leerse hasta el final porque son muy importantes)

CHARITO LA SAMARITANA.—Joven guapa, que habla con naturalidad. Vestirá modestamente en el primer acto. En el segundo, un traje de salón o de fantasía, a todo meter. Y en el tercero, uno de calle elegantísimo.

ENCARNA.—Mujer de unos treinta años; muy madrileña, y habla ligeramente achulada. Llevará una blusa, una falda y un delantal blanco en el primer acto. Un traje de cupletista o de algo ridículo, en el segundo, y un bonito de calle en el tercero.

ENGRACIA.—Hermana de la anterior. Una vecina rumbera de los barrios bajos, castiza y tal. Va siempre muy compuesta, y en el primer acto saca un mantón alfombrado.

DOÑA CELESTINA. — Mujer de unos cuarenta o cincuenta años, muy bien conservada. Viste bien.

MARIQUITA ALBORNOZ. — Mujer aristocrática, debiendo demostrarlo en sus vestidos y en sus modales.

PALMIRA.—Cupletista de postín. Vestirá muy bien de calle en los tres actos.

LA VALENCIANITA.—Idem, ídem. De cupletista en el segundo.

LA MELAMPA.—Joven cupletista de 3,50. En el segundo acto sale de cupletista, y en el tercero de calle.

LA DUQUESA.—Es la popular "vivales" conocida por la Duquesa de los Abruzzos. Tiene más de cincuenta años; pero se arregla como una joven de veinte, y viste ropa un poco atrasada de moda, pero con más

677246

pretensiones que un modelo de París. El conjunto de esta señora, que es un poco redicha al hablar, invita a la carcajada.

ROBERTO MARTIN.—Periodista de unos veinticinco años de edad. En el primer acto vestirá decentemente, y gracias. En los otros dos con elegancia; pero siempre de americana.

PERICO NOGALES.—Edad, entre los treinta y los cuarenta y cinco años, a elegir. Viste bien y habla con desenfado.

QUITERIO EL SAMARITANO. — Chulo madrileño y joven. En el primer acto lleva un traje bastante usado, alpargatas y gorra. En el segundo viste admirablemente de señorito, y lleva sombrero ancho de última moda. En el tercer acto, luce otro terno superior de americana, y a ser posible otro sombrero ancho.

PACO EL BADANAS. — Hombre de unos cuarenta y cinco años. Viste bien, aunque achulado. Usa bigote, y luce corbata y pañuelo de colores fuertes, sombrero hongo y botas de caña clara. Se cae de chulo y se escucha al hablar.

DON RAMIRO MONTENEGRO. — Caballero de unos sesenta años, bien conservado. Viste con suma corrección. (Nada de levita, ¿eh?)

REGULEZ. — Hombre de treinta a cuarenta años;

y EDUARDO, joven de veinticinco. Visten corrientemente.

CARLITOS.—Joven de veinte años. Viste de "smoking".

Si el mozo del segundo acto y el del tercero son interpretados por un mismo actor, procure caracterizar-

se de manera distinta, para que no parezca el mismo mozo.

En el último acto deben salir todos los actores y actrices de la compañía, para darle mayor animación.

La acción del primer acto, a fines de Octubre; la del segundo, en Abril, y la del tercero, en pleno mes de Agosto.

En el tercer acto, todos los hombres están sin sombrero, luciendo "el Samaritano" su buena coleta, destrenzada. En las poblaciones donde no pueda encontrar "tocaor" y "cantaor practicables", los sacarán fingidos, y al levantarse el telón, en medio de la mayor algazara, empezará el acto en la frase de Don Ramiro que dice:

—¡Qué bonita es la copla! ¿Te ha gustado, Charito?

Donde haya organillo de manubrio y no tenga el cuplé de la Chulapona, podrán salir cantando los juerguistas, a su debido tiempo, otro cuplé popular que tenga el organillo, y si no lo tuviere, hacen la salida cantando a palo seco la Chulapona, y en el momento de bailar toca el organillo una pieza cualquiera. Como también pudiera suceder que no hubiese organillo, en este caso cantarán la Chulapona al hacer la salida, y seguirán cantándola cuando tengan que bailar.

En caso de apuro, el papel de La Valencianita y de La Melampa puede reducirse a uno, sin que la artista cambie de traje, pues basta que figure en el reparto con el nombre de Melampa.

ACTO PRIMERO

La escena representa la trastienda de un establecimiento de corsetería A la izquierda del actor puerta que se supone da a la tienda. Al foro derecha, una escalera practicable que se supone conduce al entresuelo. En la trastienda se ve un sofá, dos o tres butaquitas, un velador con una cajita en la que hay pitillos, dos o tres maniquíes con corsés lo más elegantes posibles, varias sillas y en una de ellas dos corsés, una estantería con cajas. En primer término dos sillas bajas ocupadas por Charito *La Samaritana* y Encarna.

ESCENA PRIMERA

CHARITO LA SAMARITANA Y ENCARNA

Charito *La Samaritana* le está poniendo las cintas a un corsé lujosísimo. Encarna la ayuda con el pensamiento.

CHARI. Chica, ha quedado precioso el corsé de la escultural Jazmines, como la llaman los periódicos.

ENCAR. ¡Mira que llamar escultural a una mujer que tiene más huesos que una cesta de albaricoques!

CHARI. Bueno, ella no será escultural; pero como el corsé lo es...

ENCAR. ¡Qué de chascos darán algunas parroquianas de casa!

CHARI. (Dejando el corsé sobre una silla.) ¡Ea! Ya está.

Mira qué bien disimulado queda el bolsillo para guardar los billetes.

ENCAR, No será los que le dé ahora su novio.

CHARI. ¿Está en las últimas?

ENCAR. Mucho más allá. Figúrate que por las tardes se la lleva de paseo a la Moncloa y la convida a *oxígeno*.

CHARI. Pues debía quitarse de su lado.

ENCAR. Lo que debía hacer es desquitarse, y así creo que lo hace.

CHARI Entonces, ¿quién la costea un corsé tan lujoso?

ENCAR. Este corsé es como el impuesto de inquilinato, que lo paga mucha gente. Y si no pregúntaselo a doña Celestina.

CHARI. La verdad es que aquí se aprende más en un día que en otro lado en un año. Pero a lo mejor ocurre una hecatombe.

ENCAR. No lo creas. Tiene muy buenas aldabas doña Celestina y como suele venir lo mejor de Madrid a... hacerle la tertulia. (Recalcando.) Ayer tarde debió haber Consejo de ministros, porque no faltó ni el presidente. Doña Celestina no pierde ripio. (Con malicia.) Oye, ¿no te ha hecho que te pruebes nunca un corsé en el entresuelo?

CHARI. Al principio de estar aquí, todas las tardes subía yo y me probaba un par de corsés; pero un día me di cuenta de que se movía un espejo y desde entonces se los prueba Leonor.

ENCAR. Que desde que ha perdido las cuatro últimas letras de su nombre le da *too* lo mismo. Chica, el día en que me enteré del intríngulis del espejo me tronché de risa.

CHARI. Como que doña Celestina se está haciendo de oro. ¡Y las parroquianas de buena fé, en la higuera!

ENCAR. Y hablando de todo un poco, ya estarás decidida a lanzarte a los *couplets*.

CHARI Casi.

ENCAR. Parece que lo dices con pena.

CHARI. Como que a mí no me tira eso. Pero parece que todos van en contra mía; por un lado don Ramiro el banquero; por otro, Perico Nogales; por otro, doña Mariquita Albornoz, esa señorona visita de la casa, y luego, mi padre y mi hermano. Te aseguro que es horrible. Los unos, que con una cara como la mía no hay derecho a ganar un jornal de tres pesetas; los otros, que recuerde que la fulana era una infeliz modistilla y ahora está *anegada* en brillantes y su famllia no carece de nada; y esto un día y otro y acaba una por ceder o suicidarse.

ENCAR. Pues yo creo que tienen razón.

CHARI. ¿También tú piensas así?

ENCAR. Es que no hay como echarse a perder para ganar. Lo que te aseguro es que si el banquero me quisiera empujar como a otras, me lanzaba; que es muy triste ir a cumplir los treinta años y estar *tóo* el día dándole a la aguja para llegar a casa por la noche y entablar conversación con unas patatas viudas. Y menos mal que en esta tienda cae alguna propineja, pero no es por ahí.

CHARI. Si tú piensas así, por qué no se lo dices al banquero y a toda la pandilla.

ENCAR. ¡Anda; pero si luego va a venir mi hermana a hablar con él!

CHARI. Dichosa tú que así piensas ser feliz.

ENCAR. Como que no hay otro camino. ¿A qué vamos a aspirar nosotras? A que llegue un honrado cajista con su buen jornal de cuatro pesetas y a coserte a él *pa* toda la vida o a *hilvanarte pa* no meterte en gastos *¡de nácar!*, hija, ya que me lleve el diablo, que me lleve en un 40 H. P.

CHARI. Te repito que a mí no me tira esa vida.

ENCAR. Pues ni el recurso de meterte monja te queda, yo conozco a una señorita que quiso entrar en un convento y no pudo porque no era lo suficientemente rica *pa* hacer voto de pobreza.

CHARI. Pues bien sabe Dios que si me decido es contra mi voluntad.

ENCAR. Y el *pasmao* de tu novio, ¿sabe algo?

CHARI. Ya lo creo. Y me ha pedido por su madre que no haga la locura de meterme a cupletista, que espere un poco a ver si mejora.

ENCAR. ¡Qué va a mejorar! De los veinticinco duros que le dan en el periódico, no pasa.

CHARI. ¡Quién sabe! Es listo, tiene proyectos. Me quiere a cegar. Aspira a casarse conmigo como Dios manda...

ENCAR. *Tóo* eso que has dicho da poca sustancia en el puchero. Créeme a mí: dale vacaciones y a triunfar.

CHARI. Se me hace muy cuesta arriba; son tres años de relaciones. Bien es verdad que si él es decente, de mí no tiene que decir nada, porque ya sabes que aquí pasará lo que pase, pero a nosotras se nos respeta.

ENCAR. ¡Demasiado!

CHARI. Qué bromas tienes.

ESCENA II

Dichas y Doña CELESTINA (por la escalera)

CELES. Rosarito, hija, ¿terminaste el corsé de la Jazmines?

CHARI. Sí, señora. ¿Hay que ir a entregarlo?

CELES. Ya irán. No está bien que una futura estrella de 300 pesetas por función, desempeñe esos menesteres propios de una de las más torpes oficialas. Ya lo llevará ésta. (Por la Encarna.)

ENCAR. Muchas gracias. (Aparte.) Decididamente, como el banquero no me dé el empujón, me echo a rodar sola.

CHARI. Pero doña Celestina, ¿usted cree que yo puedo ser una estrella de esas?

ENCAR. Sí, mujer, sí.

CELES. No habrás olvidado que luego va a venir el banquero con el agente que te buscará contrato, y el autor de las canciones que te están escribiendo. Piensa que todo lo que se hace es por tu bien, que todos queremos tu felicidad.

CHARI. Mi felicidad ya sabe usted que no es eso.

CELES. Pues, ¿a qué llamas tú ser feliz?

ENCAR. A casarse con sus 25 duros de periodista, a llenarse de hijos y a pasar las *morás*.

CELES. ¡El matrimonio, el matrimonio! Esa es la aspiración de todas las mujeres feas.

CHARI. Y de las mujeres honradas.

CELES. ¡Qué tontería! Como si no pudieras seguir siéndolo.

CHARI. En cuanto me lance a la vida que ustedes me proponen, no lo va a creer nadie.

ENCAR. Mejor para tí.

CELES. Esta sí que lo entiende.

ENCAR. Como que a mí no me hace falta más que el *empellón.*

CELES. Además, fíjate bien en lo que te digo. El banquero, que es un hombre inmensamente rico, te quiere proteger. El va a pagarte los vestidos, la *reclama,* las canciones, todo. ¿Y qué pide a cambio de eso? Nada. Se conforma con que digan por ahí: Qué buena artista es la fulana; como que la lanzó don Ramiro.

CHARI. Ya exigirá algo más, porque el fuerte de ese hombre es querer a todas.

ENCAR. Quiá, ese es su flaco.

CELES. El banquero es ante todo un caballero incapaz de cometer una mala acción.

ENCAR. (Aparte.) Conque un caballero, ¿eh? ¿A que a la hora de fumar no se le ocurre coger colillas?

CHARI. Entre todos acabarán ustedes por convencerme.

CELES. ¿Pero no lo estás ya?

CHARI. Hagan ustedes de mí lo que quieran. ¡Y ese padre mío! ¡Y ese hermano!

CELES. Ahora ven aquí, que te voy a decir una cosa· Don Ramiro te ha bautizado ya.

CHARI. ¡Cómo!

CELES. Que te ha buscado el nombre para el cartel. Es precioso.

ENCAR. Ay, sí? ¿Cómo la van a llamar? *¿La bella Corsetera?*

CELES. ¿Estás loca? Con ese nombre no se pueden ganar 300 pesetas diarias. Es uno muy bonito. *La Samaritana.* ¿No te gusta? Charito *La Samaritana.* Ya lo estoy viendo en unas tiras así (Gran tamaño.) por las calles. ¿Qué te parece?

CHARI. Que si voy a dejar de ser Rosario Ruiz, lo mismo tiene ser *La Samaritana* que una bella cualquiera.

ENCAR. (Pensativa.) *La Samaritana, La Samaritana...* Yo tengo leído algo de eso, no sé dónde. Diga usted, doña Celestina, ¿*La Samaritana* no era una aguadora de la antigüedad?

CELES. No lo sé, hija, porque yo no he estudiado Historia. Pero es un nombre precioso.

CHARI. Como usted quiera.

CELES. Anda hijita, no seas tonta. Ahora te subes a mi cuarto, que no hay nadie, y allí a solas piensa en cuanto te he contado y no olvides que hoy se decide tu porvenir. ¡Ah! y me ha dicho el banquero que si algún día accedes a quererle un poquito, te va a regalar el Soto de los Jaraíces, que es una finca superior que tiene en Guadalajara y vale un millón de reales.

ENCAR. ¡Mira, si se lanzara a regalarme siquiera un solar de la calle del Bonetillo, le iba yo a querer poco!

CHARI. No me seduce nada de eso.

ENCAR. Y poco *pote* qne te darás cuando vayas en tu auto por Recoletos y diga todo el mundo: ahí va *La Samaritana.* (Se oye un golpe de timbre fuera que se supone que sonó al abrirse la puerta de la tienda, que dá a la calle)

CHARI. No lo creas. Si eso llega a realizarse, no me llamarán por mi nombre, ni siquiera *La Samaritana;* me l amarán... "la del banquero" (Hace mutis pensativa por la escalera.)

ENCAR. Está durilla de pelar.

CELES. Ya se convencerá, que las rocas más fuertes se parten.

ESCENA III

CELESTINA, ENCARNA Y QUITERIO

QUITE. (Desde la puerta.) *¿Me* puedo colar?

CELES. Adelante. (Aparte.) ¿Qué buscará aquí este sinvergüenza? (A él.) ¿Qué se le ofrece a usted?

QUITE. Ver a mi hermana.

CELES. Ahora está muy ocupada con un encargo mío Dígame lo que desea.

QUITE. Que a ver si va a poder ser que cuando vaya a casa la lleve a padre la *melecina* esa que toma él.

CELES. ¿Está enfermo?

QUITE. ¡A ver que vida! Le ha *dao* hace un poco un cólico *apático* de esos que él padece.

ENCAR. Creo que le dan muy a menudo.

QUITE. *Claroco.*

CELES. ¿Y a qué atribuyen ustedes esos cólicos?

QUITE. *Pa* mí que debe ser el agua de Lozoya, que viene turbia.

ENCAR. El vino más bien.

QUITE. Hay que ver, y apenas lo prueba el infeliz.

CELES. Pues váyase descuidado, que Rosario llevará la medicina.

QUITE. (Medio mutis) Ah, *señá* Celes: Me ha *encargao* mucho mi padre que a ver si acaban *ustés* de

convencer a mi hermanita *pa* que se lance a la *cupletería*, porque, como dijo el otro, la mujer es una máquina de ganar dinero.

ENCAR. Y el hombre una máquina *pa* gastarlo, ¿verdad?

QUITE. Ha *estao usté* pero que muy regularcita. ¡Caray! es *usté* más verbenera que un manubrio. Y *usté, señá* Celes, no se olvide de lo de mi hermana; y a ver si alivia de su vera a ese periodista que de primo que es no puede *entangarillarse*.

ENCAR. ¿Y a usted qué más le da el periodista?

QUITE. Hay que ver, con lo que nos está perjudicando. Así le den unas calenturas que se le quemen las suelas de las botas.

ENCAR. No es *pa* tanto.

QUITE. Pues por hacerle caso, mire *usté* como me lleva (por la ropa) y mi padre que no *pué* salir de casa por falta de ropa. Y luego hay que ver la casita *ande* vivimos. Un sotabanco de la calle de la Argumosa.

ENCAR. Pues ¿dónde quiere usted vivir, en una casa con termosifón?

QUITE. Por lo menos donde no haya bichos, porque el cuarto de ahora está lleno de ratones y tengo que dormir maullando para asustarlos.

CELES. Pero su padre de usted, ¿no trabaja?

QUITE. Qué va a trabajar el infeliz a sus años. Ya está *pa* que le mimen *na* más.

CELES. Pues ¿qué edad tiene?

QUITE. Una tontería: cuarenta años, camino de los cuarenta y uno. Y con lo que ha sufrido en esta vida. ¡Le tienen que dar el amoníaco por los

disgustos de familia!

CELES. ¿Y usted qué hace?

QUITE. Pues le hago compañía.

ENCAR. ¿Por qué no ha probado usted a trabajar alguna vez?

QUITE. A ver si se han creído *ustés* que a mí me asusta el trabajo. Pues ya le he dicho a mi hermana, que el banquero que tiene mano con el gobierno me saque una placita de *astrólogo*.

CELES. ¿Y eso qué es?

QUITE. *Astrólogos* son los que cobran y no van a la oficina.

ENCAR. ¿Pero usted no iba *pa* Belmonte?

QUITE. A ver que vida; pero todavía soy muy joven.

ENCAR. Más jóvenes son otros y ya torean.

QUITE. Porque son *suicidas*. Yo llegaré por mis pasos *contaos*. Porque antes tengo que librarme del servicio militar obligatorio. Bueno, *señá* Celes, yo ahueco.

ENCAR. (Con guasa.) ¿Tiene usted mucho que hacer?

QUITE. Nada; es que voy a llegarme ál hospital a ver al *Pirracas* que *atoreó* el domingo en Turégano y *tié* el cuerpo *empapelao* de tafetán.

CELES. ¡Pobrecillo! ¿Le cogió el toro?

QUITE. No, señora; fué el único que salió ileso de la capea; pero los mozos del pueblo de al *lao*, le arrearon un palizón porque no quiso hacer de Don Tancredo en calzoncillos blancos. ¡Hay que ver!

ENCAR. *¡Miá* que los principios del toreo son suaves!

QUITE. No tienen *ustés* idea. Y luego se extrañan de que cuando sea uno fenómeno pida la luna. *Pa* eso nos hemos *jugao* la vida a cara o cruz un

montón de veces.

CELES. ¿A usted lo han cogido muchas en las capeas?

QUITE. (Dándose importancia.) Yo no he ido a ninguna; pero sé lo que se padece porque me lo han *contao. Deseguida* va el hijo de mi madre a una capea *pa* que le apaleen los *grullos*.

ESCENA IV

Dichos y la DUQUESA

DUQUE. ¿Hay licencia?

QUITE. (Riendo.) Hayla.

DUQUE. (A doña Celestina.) Pero ¿admiten ustedes aquí a este salvaje?

CELES. Es un buen chico, hermano de la Charito.

DUQUE. Pues la otra noche estaba a la puerta de «Los Burgaleses» con unos maletas y me dijeron la mar de palabrotas, acompañadas de unos ademanes...

QUITE. ¿Ha tenido usted carta del Duque?

DUQUE. Me ha escrito un radiograma diciendo que está en el Mar Negro. (Se sienta en una silla.)

QUITE. ¿Pescando calamares?

ENCAR. (Aparte a Quiterio.) Hombre, no la tome usted el pelo, que ya sabe que es una pobre tocada.

QUITE. *Pa* vivir sin trabajar, ¡vaya una vivales!

ENCAR. (Con retintín.) Pues de ese mal hay muchos.

CELES. ¿Y cómo usted por aquí? (Sentándose al lado de la Duquesa.)

DUQUE Vengo en busca de la bella Palmira, que me ha prometido un sombrero.

QUITE. Si que le conviene a usted cambiar de castora, porque ese *botrino* (señalando al sombrero) no se lo llenan de *alcagués* por quince duros.

DUQUE. (A doña Celestina.) ¿Ha visto usted qué grosero? Y luego se extrañará de que no me compadezca si le lastima un cornúpeto.

ENCAR. ¡No hay *cuidao*, como no vaya el toro a despertarle!

QUITE. Vaya, me largo, porque si no le voy a tener que dar un *achagón* en el *güito* que lo convierto en un *flesible*. (A doña Celestina.) Hasta luego, y no se olvide *usté* de meter cuña a mi hermana que, estamos perdiendo un montón de duros *toos* los días.

ENCAR. Es que es usted una fiera *pa* el descanso.

QUITE. (Desde la puerta.) ¡A ver que vida! (Hace mutis.)

ESCENA V

Dichos, menos QUITERIO

DUQUE. Qué familia le ha tocado a la pobre Rosario.

CELES. Sí que es un verdadero castigo. (Confidencialmente a la Duquesa) Oiga usted, Duquesa, cuando tenga usted ocasión, luego, le dice usted a Charito que el banquero está dispuesto a lanzarla al arte y a ponerle en el Banco 3.000 duros. Tenemos la ayuda del padre y del sinvergüenza del hermano. Ya sabe usted que el banquero es rico y no lo perderemos.

DUQUE. Descuide usted, se lo diré co política... Si me hicieran ustedes el favor de un vasito de agua.

CELES. ¿La quiere usted con unas gotitas de anís?

DUQUE. Bueno. (Golpe de timbre como el de antes.)

ENCAR. Me parece que lo que ésta quiere es un vasito de anís con unas gotitas de agua.

CELES. Suba usted con ésta y se lo darán.

(Mutis la Duquesa y la Encarna por la escalera.

ESCENA VI

Doña CELESTINA y ROBERTO

ROBER. (Desde la puerta.) ¿Se puede?

CELES. Adelante, Roberto; ya sabe usted que esta es su casa.

ROBER. Muchas gracias, doña Celestina.

CELES. ¿Y qué le trae por aquí?

ROBER. Deseaba hablar un momento con Rosario; no la he visto hoy y...

CELES. Ahora bajará. ¡Ay, hijo, no sabes cuánto me alegro que hayas venido, y perdona que te tutee, pero como hace tanto tiempo que nos conocemos y antes te llamaba de tú!

ROBER. No faltaba más.

CELES. Siéntate y toma un egipcio. (Le ofrece un pitillo.)

ROBER. (Sentándose en el sofá y a su lado Celestina) Muchas gracias, me gustanmás los de 50. (Saca uno.)

CELES. Te decía que me alegro que hayas venido, porque como yo te quiero como a un hijo me duele que estés pasando las *negras* por *La Samaritana.*

ROBER. ¿Qué *Samaritana?*

CELES. Anda, ya se me escapó; bueno, por Rosarrio. (Pausa.) Es el caso que yo te tomé cariño cuan-

do ibas al otro taller que tuve, con aquel senador tan simpático, ¿te acuerdas?

ROBER. Sí, señora, sí.

CELES. Qué juergas hemos corrido, ¡picarón! No creas que yo le he dicho nada a Rosario...

ROBER. Gracias.

CELES. Pues bien, a lo que iba; repito que te quiero bien y te voy a dar un consejo. Esa muchacha no te conviene para mujer propia; porque como a Rosario ya le ha picado la víbora...

ROBER. ¿Qué dice usted? (Levantándose.)

CELES. No te sulfures y siéntate. (Roberto se sienta) La víbora a que yo me refería es el lujo, los brillantes, el auto..., la cuesta de las Perdices. Como ella ve a tantas mujeres que no sirven ni para descalzarla cuajadas de pedrería, pues es natural, la chica peca con el pensamiento cuarenta veces al día.

ROBER. Rosario es buena y aquí va a dejar de serlo.

CELES. A estas alturas, aquí ó en el Palacio Real. Tú no tienes idea de lo que son capaces el padre y el hermano de Charito.

ROBER. Los conozco de sobra. Rosario y yo hemos hablado muchas veces del asunto y sé que entre unos y otros la empujan al precipicio.

CELES. Yo creo que si le quitas de la cabeza ser artista, sereis dos desgraciados, y como te conozco muy bien, tarde o temprano saldréis en los papeles.

ROBER. Entonces, ¿usted me aconseja que la deje perderse? ¿Que consienta que sea una desgraciada?

CELES. Como la harás desgraciada es casándote con ella. Tú debes buscar una señorita de tu clase que

tenga su porqué. Si sigues escribiendo puedes llegar a ser Benavente o los hermanos Quintero y si te metes en política quizá te veas de ministro, que otros más brutos han llegado.

ROBER. Gracias por el piropo.

CELES. He querido decir... Tú ya me comprendes. Y cuando llegues a personaje te pesará que tu mujer no sea una señorona. Piénsalo bien, que te aconsejo de corazón.

ROBER. Qué bien se torea desde el tendido, doña Celestina. Pero yo tengo a Rosario metida en el alma. Son tres años de vernos a diario, de hacer castillos en el aire. Ella ha cambiado mi vida; por ella he comenzado a trabajar. Yo era una bala *perdía,* V. lo sabe mejor que nadie. Y cuando empezaba a ser feliz viene la realidad y me da un zarpazo, como diciéndome: Eres un iluso, esa mujer que tú querías para tí solo va a ser codiciada y admirada por todos.

CELES. Ay, Robertito, no te pongas en amante de novelas por entregas, que quién sabe lo que te reserva el destino. Mira, yo tengo para todo la solución del convendrá. ¿Que me ocurre algo malo? Me conformo y digo: convendrá; y luego el tiempo me da la razón.

ROBER. Lo que usted quiera; pero mi deber es llevarme a Rosario de aquí, y si ella necesita mil pesetas para vivir, ganarlas o robarlas.

CELES. Estás un poco exaltado. Aplica mi solución. ¿Que Rosario va a ser artista? ¡Convendrá!

ROBER. ¡Le convendrá a usted!

CELES. A tí sí que te conviene. ¿Vas a cargar con ese

padre borracho y con ese hermanito que suda si ve trabajar a otro? Además, que si tú quieres mucho a la chica, puedes seguir queriéndola y hablándola aunque sea artista.

ROBER. ¿Qué dice usted?

CELES. Después de todo, aquí lo único que hay es que un hombre decente, un caballero, don Ramiro, el banquero...

ROBER. Sí, ya... ya...

CELES. La quiere proteger de buena fe, regalándola los trajes y cuanto haga falta. Ella con esto puede ganar muy buenos cuartos y tú... a qu rerla. ¡Con lo felices que podríais ser los tres!

ROBER. ¿Pero usted cree que yo he perdido la vergüenza!

CELES. Yo lo que hago es aconsejarte bien. Y por otro lado, el ser cupletista no es una deshonra.

ROBER. No es una deshonra, pero es muy peligroso cuando se tienen ciertas amistades como las que a ella le impulsan a ser artista.

CELES. Son personas dignísimas.

ROBER. Me las sé de memoria. Una señora juerguista, un protector de jóvenes desamparadas, un señorito sinvergüenza y unos cuantos grillos que toman el escenario como escaparate.

CELES. Hoy te ha picado la tarántula. (se levanta) Allá tú, hijo mío. Voy a decir a Rosario que estás aquí ¡Ah! y no te extrañe si no baja, porque estaba un poco indispuesta.

ROBER. Y usted no se extrañe si yo tiro por la calle de en medio y hago una sonada. ¡Convendrá!

CELES. ¿Qué dices?

ROBER. Nada, que empiezo a aplicar la filosofía de usted.

CELES. Este tiene ya media lagartijera; en cuanto lo muevan un poco, las mulillas. (Mutis de doña Celestina por la puerta que va al entresuelo.)

(Pequeña pausa. Alberto enciende un cigarro, lo tira, enciende otro y fuma nerviosamente, paseándose por la escena.

ESCENA VII

ALBERTO y ROSARIO

CHARI. (Entrando por la puerta que comunica al entresuelo.) ¿Pero eres tú? Me dijeron que me esperaba una parroquiana.

ROBER. Pues es un parroquiano. (Pequeña pausa.) No sé por qué te haces de nuevas, ¿o es que no te ha dicho doña Celes que era yo?

CHARI. No tienes derecho para dudar de mí.

ROBER. Derecho, no sé; motivos me sobran.

CHARI. ¡Ay, hijo! Hace unos días que estás insufrible.

ROBER. Pues esto no es nada para como pienso estar.

CHARI. Entonces las murgas se las vas a dar a la Cibeles, porque lo que es a la hija de mi madre, ¡*de nàcar*!

ROBER. ¡*La Cibeles*! ¡*De nácar*! Cómo se conoce que te reúnes con gente distinguida. Vamos a ver: ¿por qué no me has esperado hoy después de comer, como siempre?

CHARI. Porque tenía una prueba a las tres en punto.

ROBER. (Con mala intención.) ¿Y no sería la prueba de la voz? Ya sé que tienes un Mecenas muy rumboso.

CHARI. ¿Y eso qué es?

ROBER. Un protector que te costea todos los gastos del debut, el banquero. Dentro de poco te conocerán por el remoquete que te han puesto, *La Samaritana,* y llevarás detrás de ti una corte de adoradores y te publicarán planas tricolor en los semanarios; en una palabra: serás una mujer de postín, como diría tu hermanito. Pero habrá desaparecido la muchacha honrada que aspiraba a santificar el amor que tenía.

CHARI. ¿Tú quieres evitar todas esas cosas? (con energía) Pues ya sabes lo que tienes que hacer, lo que, has dicho infinidad de veces: casarte conmigo

ROBER. Y estoy dispuesto a ello, pero has de esperar un poco, porque ya sabes que yo gano veinticinco duros en el periódico y otros diez que me agencio de corresponsal; pero tengo que mantener a mi madre y a dos hermanas.

CHARI. Y como yo no puedo esperar... y no puedo porque, óye'o bien, soy honrada y aquí hay que dejar de serlo.

ROBER. Busca otro taller.

CHARI. Se dice pronto eso. En otro taller ganaré el jornal nada más y aquí tengo algunas propinas que me hacen mucha falta porque también yo mantengo a una familia.

ROBER. Haz un sacrificio. La mujer que quiere ser honrada lo es en todas partes.

CHARI. Ya lo sé. Pero como aquí me están a todas horas con la misma cantinela: (como si contara con los dedos) que soy bonita, que tengo una gran figura, que me espera un porvenir brillante y

que me aproveche porque la vejez se presenta enseguida; y luego, cuando voy a casa me cogen entre mi padre y mi hermano y no me dejan vivir y no quieras pensar cuando mi padre está con el cólico (ademán de beber) *apático* como le llama mi hermano, las cosas que tengo que aguantar.

ROBER. Díces todo eso porque no me quieres. Tu corazón es más insensible que el pedernal, porque el pedernal echa fuego y tu corazón no.

CHARI. Yo te juro que te quiero con toda mi alma, como no he querido a nadie.

ROBER. También los titiriteros adoran a sus hijos y algunas veces los matan.

CHARI. ¿Es que dudas de mi cariño? Pues mira, ahora mismo pido la cuenta y me voy contigo. (Dirigiéndose a la escalera.)

ROBER. (Sujetándola.) ¿Pero cómo vamos a vivir con la miseria que yo gano?

CHARI. Yo qué sé; como sea. ¿No tienes admitida una comedia en Eslava?

ROBER No se han tomado la molestia de leerla todavía.

CHARI. Pues es preciso que resuelvas algo. Hace ocho días pue no hablamos de otra cosa. Además, noto en tí algo extraño.

ROBER. No sé...

CHARI. Como si quisieras decirme una cosa y no te atrevieras.

ROBER. Rosario..

CHARI. Ya sabes que es muy difícil engañar a una mujer.

ROBER. Ya te he dicho cuanto tenía que decirte.

CHARI. Pero, ¿qué decides? Dentro de poco llegarán el banquero y el agente de varietés y el autor de las canciones y debo dar una contestación definitiva.

ROBER. (Como el que va a decir algo y se arrepiente.) Rosario... yo...

CHARI. ¿Qué?.. Habla, por Dios, habla...

ROBER. Nada. Me voy; tengo pensada una cosa y como me salga bien, ¡como me salga bien, el que le prueba la voz al banquero soy yo! Te lo juro (mutis rápido.)

CHARI. (Un poco alarmada.) ¡Roberto! ¡Roberto! (*La Samaritana* va hasta la puerta, se queda parada un momento y torna a la escena, cayendo sentada en una silla, en actitud de tristeza.) ¡Dios mío, por qué me has hecho tan desgraciada!

ESCENA VIII

CHARITO y ENCARNA (Por la escalera.)

ENCAR. ¿Qué, se ha marchado ya el guardia? Ya sé que has tenido la visita de Roberto. ¿Qué te ha dicho?

CHARI. Lo de siempre. Que no sea cupletista, que abandone este taller, que si va a padecer mi honradez.

ENCAR. Pues dile que le haga el amor a una cerradura inglesa, que son muy seguras.

CHARI. Qué buen humor tienes.

ESCENA IX

Dichas, MARIQUITA ALBORNOZ y LA BELLA PALMIRA

MARIQ. Niñas, buenas tardes.

ENCAR. Muy buenas.

CHARI. Buenas tardes, doña Mariquita.

MARIQ. Déjate de tratamientos. ¡Doña Mariquita! Me van a tomar por una patrona. *¿Y Celes?*

ENCAR. Arriba la dejé con la Duquesa, (con guasa) ahora bajará.

MARIQ. Avísala que estamos aquí. (Mutis de Encarna, por la escalera.)

PALMI. ¿Qué hay, compañera? ¿Porque supongo que se te puede llamar compañera?

MARIQ. Hasta que pierda la vergüenza, no.

PALMI. Pero, Mariquita, sabes que eres de alivio.

MARIQ. Mujer, me refiero a la vergüenza de la presentación. De la otra no hay que hablar. (Se sientan, formando grupo al lado izquierdo del público.) A *La Samaritana.*) Bueno, desde luego empiezas ya mañana a estudiar. No admito disculpas.

CHARI. (Con resignación.) ¿Y qué he de hacer?

MARIQ. Los moños que vas a quitar.

CHARI. ¿Yo? Una pobre oficiala de corsetera.

MARIQ. Pero ¿es que tú te figuras que las demás descienden de don Pelayo? Pues esta (por Palmira) donde la ves, tiene en los cuarteles de su escudo unas tenazas en campo de gules y un estropajo rampante.

PALMI. ¿Y qué necesidad tiene nadie de saber ciertas cosas?

MARIQ. Pero mujer, si eso tiene más mérito. Y a última hora, si a Rosario la molesta que sepan que ha sido oficiala de corsetera, ya procuraremos que hagan los periódicos un suelto misterioso diciendo que una señorita distinguida que oculta su ilustre nombre bajo el seudónimo de *La Samaritana,* sugestionada por el arte, abandona el lujo y las comodidades para lanzarse a la escena.

CHARI. Qué bien lo arregla usted todo.

ESCENA X

Dichas y CELES

CELES. ¡Caramba! Buenas tardes, Mariquita. Hola, Palmira.

MARIQ. Hola, *Celes.*

CELES. (A Palmira.) ¿Te quedó bien el corsé, por fin?

PALMI. Sí, muy bien.

MARIQ. ¿Cuál es? ¿El rosa que me enseñaste hoy?

PALMI. Sí.

MARIQ. (A Celestina.) Me parece que se la fué a usted la mano en los postizos de... (Indicando disimulada y graciosamente el pecho.)

CELES. Como ella los pidió.

MARIQ. (A Palmira.) Con ese corsé no podrás ir descotada.

PALMI. ¿Por qué?

MARIQ. Porque los empréstitos deben cubrirse.

CELES. ¿Cuando te mando la factura?

PALMI. Cuando usted quiera.

MARIQ. Mándela usted tres facturas, que es una combinación que le he enseñado yo. Una para ella, con lo que le cuesta; otra con el doble, para el que lo va a pagar, y otra con el triple, para presumir con las amigas. (Golpe de timbre como antes.)

PALMI. Comprendo que en los salones te tengan pánico.

MARIQ. Por eso no voy.

ESCENA XI

Dichas, DON RAMIRO y PERICO NOGALES; luego REGULEZ y EDUARDO

D. RAMIRO. (Desde la puerta.) ¿Se puede saludar a la futura estrella de varietés?

CHARI. (Con tristeza.) ¡El banquero!

CELES. (Con alegría.) ¡El banquero!

MARIQ. (Cómicamente.) Servidora.

NOGAL. (Que entra detrás de don Ramiro.) Salud y suerte. (A *La Samaritana*.) Tengo una verdadera satisfacción en ofrecer mis homenajes a la genial artista *La Samaritana*.

CHARI. No sea usted burlón.

PALMI. (A Mariquita.) Eso es lo que le ofrecerá este, homenajes.

ENRIQ. Pero si ya sabes que tiene siempre el bolsillo a dieta rigurosa.

PALMI. Y milagro que no ha pedido algo ya.

MARIQ. No tardará.

NOGAL. Mariquita, ¿tienes ahí cigarrillos turcos, que me gustan más que los míos?

MARIQ. ¿Pues de cuáles gastas ahora?

NOGAL. De ningunos; por eso digo que me gustan más que los míos. (Mariquita le da un cigarrillo y enciende otro.)

D. RAMIRO. ¿Y qué, Charito, estarás ya completamente decidida? (Se ha sentado con Nogales en el sofá.)

CELES. Decididisima.

MARIQ. (Sin dejarla hablar.) Ya lo creo; no faltaba más.

D. RAMIRO. Bien, bien; pero la interesada, ¿qué dice?

CELES. (Rápidamente a *La Samaritana*, por lo bajo.) Dí que sí, que es tu salvación. (Dicho esto se dirige a don Ramiro.)

CHARI. (Haciendo un esfuerzo.) Que estoy conforme. (Han tomado asiento todos.)

D. RAMIRO. ¡Bravo! Así me gusta.

CELES. (A don Ramiro.) Si viera usted el trabajo que me ha costado convencerla.

D. RAMIRO. Lo tendré presente. (A Celestina.)

CELES. Pues no quería la muy tonta casarse de veras con un *bollao*.

D. RAMIRO. ¿Cómo es eso? ¿Pero tú tenías tu poquito de novio?

CELES. Sí, señor, lo tenía; pero ya hace muchos días que le ha facturado en gran velocidad.

D. RAMIRO. No llevará billete de ida y vuelta, ¿eh? Je, je je.

MARIQ. No te cases nunca y mírate en este espejo. ¡Ay, si yo fuera soltera!

CELES. Como que las mujeres no debían casarse.

NOGAL. Muy bien dicho; los que se deben casar son los hombres nada más.

CHARI. ¿Usted no es casado, verdad, señor Nogales?

NOGAL. Ni Dios lo quiera.

CHARI. Pero piensa en ello.

NOGAL. Jamás.

CHARI. Si todos los hombres opinaran lo mismo se acabaría el mundo.

NOGAL. No lo creas; qué se había de acabar.

MARIQ. Es que Nogales dice que para casarse, hasta los cuarenta años es muy pronto y desde los cuarenta es tarde.

CHARI. ¿Y por qué le tiene usted ese horror al matrimonio?

NOGAL. Porque altera las matemáticas. En Aritmética uno y uno son dos y en el matrimonio uno y uno... ¡suelen ser tres!

D. RAMIRO. No sé por qué dice usted eso; porque yo sé que ha tenido varias novias y ha estado a punto de casarse.

NOGAL. Lo que se dice novias formales no he tenido más que tres, pero reñí con ellas.

D. RAMIRO. ¿Por qué?

NOGAL. Con una porque me quería mucho, con otra porque no me quería nada y con la tercera porque empezaba a gustarme.

CELES. Es que este Nogales es un hombre muy previsor.

NOGAL. ¡Ay!, amiga Celes, la mujer es como un libro en rústica: lo compra usted como nuevo y a veces se encuentra usted que otro ha cortado ya las hojas.

D. RAMIRO. Bueno, dejemos esta discusión y vamos a lo

importante. (A doña Celestina.) Con permiso de usted voy a hacer pasar al agente de varietés y al autor de las canciones.

CELES. ¡No faltaba más.

(Se lévanta don Ramiro, se acerca a la mampara la abre y dice:)

D. RAMIRO. (A Regúlez y Eduardo.) Acérquense. (Entran en escena Regúlez y Eduardo.) Aquí les presento a ustedes a *La Samaritana*, futura estrella de varietés, que muy pronto brillará en el cielo del arte. (A *La Samaritana.)* El señor Regúlez, agente que te buscará los contratos y te preparará la reclama; y el amigo Eduardo, que te está escribiendo unos cuplés preciosos. (A ellos.) ¿Eh, qué les parece a ustedes mi protegida?

REGÚL. Muy guapa. Hay que publicar un artículo-reclamo en el *Alarido de la cupletista*, que es el periódico de la agencia y una tricomía.

CHARI. ¿Y eso qué es?

REGÚL. Unas doscientas pesetas. Ciento por cada cosa.

(Regúlez y Eduardo están de pie toda la escena.)

NOGAL. Eduardo, a ver si le escribe usted un cuplé más bonito que *La Chulaponcilla*, que ahí tiene usted donde inspirarse.

MARIQ. Ah, ¿pero usted es el autor de *La Chulaponcilla?* Le felicito, porque es un cuplé precioso. (Le da la mano.)

EDUAR. Muchas gracias. Pues le estoy preparando uno que se titula *La Chulilla.*

D. RAMIRO. Perdone usted, amigo Eduardo, pero el título no me va.

EDUAR. Es que como se trata de una chula y hay ya *La Chulapona, La Chulona y La Chulapa...*

NOGAL. Yo daría un titulo, pero me van ustedes a abuchear.

MARIQ. Dilo, hombre, dilo.

NOGAL. (Tomando precauciones para evitar una agresión.) *La Chuleta.* (Gran algazara. Mariquita se levanta y le da un golpe cariñoso.)

MARIQ. Esa es la que te vamos a dar a tí.

PALMI. Eres de alivio de luto, hijo.

D. RAMIRO. Señores, que parece que estamos tomando en broma esto que es una cosa muy seria.

CELES. ¿Y cómo es el cuplé, amigo Eduardo?

EDUAR. No me atrevo a decirlo porque ese señor (por Nogales) es un chuflón muy grande.

MARIQ. Anda, dilo, que nosotras te defendemos.

EDUAR. Tiene un estribillo precioso; dice así: (A cada verso mueve un brazo alternativamente.)

No hagas más el *bu,*
ven aquí chiquilla
que siempre eres tú,
mi churuchuchú...
mi churuchuchú...
lilla.

(Al decir *lilla* pone los dos brazos en jarras.)

D. RAMIRO Muy bonito, muy gracioso.

CELES. Ya lo creo.

PALMI. Precioso.

MARIQ. Ingeniosísimo.

REGÚL. Con ese cuplé arma un escándalo.

NOGAL. De seguro; en cuanto llegue al *churuchuchú...* tienen que clavar las butacas.

PALMI. ¿Porqué no se los haces tú mejor?

NOGAL. Porque no quiero quitarle el pan a nadie.

(Sale la Encarna por la puerta de la escalera, cruza la escena por detrás de los personajes, que no reparan en ella y hace mutis por la puerta que da a la tienda.)

D. RAMIRO. Bueno; Charito, mañana empezarás a ir a casa del maestro. (A Regúlez.) Y usted ya sabe, en el primer número del periódico hay que hacerla un artículo preparatorio, que después daremos el retrato y lo que haga falta.

REGÚL. Como usted quiera.

D. RAMIRO. Y ya puede usted empezar a gestionar el debut. Vaya usted en mi nombre al Trianon o a Romea, que los empresarios son amigos nuestros.

CHARI. Perdonen ustedes, pero a mí, la verdad, me da vergüenza presentarme en Madrid porque a lo mejor me gastan una chirigota y me *acerolo*, y...

REGÚL. No tenga usted miedo. Estos señores llevarán amigos, y además, que con esa figura y esos ojos triunfará y antes de un año la mando a la Argentina con 12.000 pesos al mes, dos primeras y un beneficio al 50 por 100.

CHARI. De todos modos, yo quisiera debutar en un pueblo y que fueran ustedes todos. Es que de pensarlo tiemblo como una vara verde.

CELES. Pues que don Ramiro se haga empresario en un pueblo cualquiera y a debutar enseguida.

D. RAMIRO. Si Charito quiere, por mí no hay inconveniente.

EDUAR. Muy bien pensado; dentro de unos días me voy a Ocaña, que es un gran pueblo; tomamos el teatro y llevamos al Trío *Makoki*, a don Liberto, *El Mudo*, que es un ventrílocuo muy bueno, y a *La Samaritana*, como atracción.

MARIQ. Oiga, Eduardo, ¿cómo puede ser mudo un ventrílocuo?

EDUAR. Porque hace hablar a los muñecos por señas.

REGÚL. Yo creo que Eduardo tiene poca representación y como entiendo el negocio mejor, yo soy el que debe ir a Ocaña.

NOGAL. Usted es el que debía ir, pero conducido por la Guardia civil.

REGÚL. Y del mantoncito aquel que le hablé a usted de la *Heno de Pravia,* ¿qué hacemos?

D. RAMIRO. Ya le he dicho a usted que yo no quiero para Charito más que prendas nuevas.

REGÚL. Pero si la *Heno de Pravia* no se lo ha puesto casi.

D. RAMIRO. No importa.

PALMI. ¿Tan mal está esa que tiene que vender el mantón?

REGÚL. Al contrario; es que vende toda su ropa porque la ha retirado un señor muy rico.

MARIQ. Vamos, y hace liquidación por cesación de comercio.

NOGAL. Quiá, mujer, por mejora del local.

EDUAR. Pues lo más gracioso es que la *Heno de Pravia* se casa.

CELES. ¿Con el hombre rico?

EDUAR. No, señora; con un novio que la ha buscado ese señor.

NOGAL. No podrá decir ese desgraciado que su esposa no es su cara mitad.

REGÚL. De modo que quedamos...

D. RAMIRO. En que haga lo del periódico y lo del pueblo. (A Eduardo.) Y usted active los cuplés.

EDUAR. Me va usted a perdonar mi atrevimiento.

D. RAMIRO. ¿Qué es ello?

EDUAR. Que me ha dicho el maestro Laforga que... vamos, que...

MARIQ. Que los pagos son adelantados, ¿no es eso?

EDUAR. Una cosa así.

D. RAMIRO. Haberlo dicho. (Tira de la cartera.) Ahí van doscientas pesetas. ¿Quiere más?

EDUAR. No; ya dará usted el resto al entregarle las exclusivas.

REGUL. Usted me dispensará, pero es el caso que,..

D. RAMIRO. (Sin dejarle hablar.) ¿Cuánto?

REGÚL. Otras doscientas pesetas, porque habrá que dejar señal en el teatro. (Don Ramiro, da otas 200 pesetas.)

NOGAL. Y van cuatrocientas pesetas; por eso precio debuto yo.

REGÚL. Señores, muy buenas y tanto gusto. Y usted, señorita, reciba ya mi enhorabuena.

EDUAR. Lo mismo digo. Y si no la hago a usted un cuplé que se repita seis veces, tiro la *péndola* y no escribo más.

NOGAL. Eduardo, Eduardo, la péñola, la péñola.

EDUAR. Qué más da, la péndola o la péñola. (Mutis.)

ESCENA XII

Dichos menos REGULEZ y EDUARDO, a poco entran ENCARNA y la ENGRACIA

D. RAMIRO. (Aparte a *La Samaritana*, al lado de la cual se sienta. Los demás personajes forman grupo en el lado opuesto.) ¿Qué te pasa? ¿Estás triste?

CHARI. Sí, señor; a qué negarlo.

D. RAMIRO. Cuando vas a ser feliz, codiciada, admirada..,

CHARI. ¿Pero a costa de qué?

D. RAMIRO. A costa de nada, tonta. Ya sabes que mi protección es desinteresada, aunque me gustas mucho. Pero a mí no me place el amor a la fuerza.

CHARI. Y yo se lo agradezco todo.

D. RAMIRO. (Poniéndose cerca de ella y muy enamorado.) Eso sí, el día que te decidas a demostrarme un poco de cariño, te regalo el Soto de los Jaraices, que vale una millonada. (Sigue hablando con ella en voz baja.)

PALMI. (A Mariquita y demás personajes que forman grupo aparte.) ¿Os habéis fijado con qué entusiasmo habla don Ramiro con Charito? Es que se la quiere comer.

MARIQ. No hay cuidado, el banquero en cuestiones de amor ha hecho suspensión de pagos.

NOGAL. Pero hay mujeres capaces de hacerle a uno nivelarse. (Encarna entra por la puerta de la tienda acompañada de su hermana Engracia.)

ENCAR. Perdonen ustedes que haya venido a interrumpir.

NOGAL. ¡Hola, Encarna! Qué guapota estás.

MARIQ. (A Nogales.) Te gusta la Encarna ¿eh?

NOGAL. Me gustan todas, ya lo sabes; yo soy como Lord Byron, que quisiera que el sexo femenino tuviera una sola boca, para besar de una sola vez a todas las mujeres.

ENCAR. Menudo ansioso era el *gachó* ese.

D. RAMIRO. ¿Qué hay Encarnita? No te había visto.

ENCAR, Pues nada; aquí mi hermana que quería pedirle a usted un favor.

ENGRA. (Aparte a su hermana.) ¿Es este el que *arrempuja* a las artistas?

ENCAR. (A su hermana.) El mismo. Pero ten *cuidao* con lo que hablas porque es muy *finolis*,

D. RAMIRO. ¿Y qué es ello, qué es ello?

ENCAR. Anda, díselo ya,

ENGRA. Usted disimulará si *me se* escapa algún *conceto* mal sonante, pero como me he criado en las Peñuelas y no he *hablao* nunca con banqueros.

D. RAMIRO. Hable descuidada.

ENGRA. Pues verá usted, señor de... señor de... de banquero; que yo no sé como es su gracia de usted. Pues, como decía, se trata de mi hermana, que como la *probe* no sirve *pa* maldita de Dios la cosa, he *pensao* meterla a *cupletera*.

D. RAMIRO. Me parece muy bien.

PALMI. (Aparte a Mariquita y a Nogales.) Hay que ver, otra desdichada que se dedica a las varietés. Así no podemos vivir las artistas.

NOGAL. (Aparte a Mariquita.) A esta se la ha olvidado que empezó el baile en la Fuente de la Teja.

ENGRA. Y yo quería que como usted es un hombre que le pega un empujón a una mujer y ¡paf! ya está hecha artista, pues que *arrempuje* usted a mi hermana.

MARIQ. Ya lo creo; no faltaba más. Y si don Ramiro no la empuja, aquí estamos nosotros.

NOGAL. Nada, nada, Encarna, hecho. Entre el señor y yo la sacaremos adelante.

CELES. ¿Y cómo se van ustedes a repartir la protección?

NOGAL. Muy fácilmente: don Ramiro se encarga de los

trajes, canciones, reclamos, retratos, etc., etc...

MARIQ. ¿Y tú?

NOGAL. De todo lo demás. (Durante esta escena *La Samaritana* permanece un poco alejada, sentada en una silla y algo pensativa.)

D. RAMIRO. Pues nada, ya que todos lo quieren, sea. Lanzaremos a la Encarna al arte. (A Encarna.) ¿A ti qué te gusta más, el baile o los cuplés?

ENGRA. A esta lo que la tira es el canto.

D. RAMIRO. ¿Tiene facultades?

ENGRA. ¡Ya *l'ha dao!* Unas pantorrillas así de gordas. (Marcando una cosa regular.) ¿Quieren ustedes verlas? (Muy decidida.)

NOGAL. Hombre, sí; es una idea.

ENCAR. Pero qué cosas tienes.

MARIQ. (Aparte a Nogales y Palmira.) Qué hermana más pintoresca!

PALMI. Si yo tuviera alguno así en mi familia, me suicidaba.

NOGAL. Pues la penúltima mamá que te acompañaba la daba a esta las diez de monte. A mí me fumaba todos los pitillos.

MARIQ. Por eso no tienes ahora.

D. RAMIRO. Pues nada, señora, ya nos pondremos de acuerdo para lo de los trajes y demás zarandajas.

ENGRA. Muchas gracias. ¡Ay, con la falta que le hacía un *protetor* a mi hermanita!

NOGAL. ¿Pero no le ha salido ninguno?

ENGRA. Calle usted, por Dios. El año *pasao* se presento uno así de pequeño y con unos bigotes así de largos, vamos, que era talmente una quisquilla; pero estaba a dos velas. (Poniéndose los dedos índice y corazón derechos debajo de las narices.)

D. RAMIRO. ¿Cómo dice usted?

ENGRA. Al once.

D. RAMIRO. No lo entiendo.

ENGRA. Que no *abiyaba jayeres*.

D. RAMIRO. Sigo sin comprender.

MARIQ. Que no tenía un cuarto.

ENGRA. ¡Ya *l'ha dao!*, y como el *gachó* no venía a nada bueno *pus* le *agüequé*. Porque, eso sí, somos *probes*, pero el honor de mi hermana es pero que como el cristal.

NOGAL. ¿Por lo frágil o por lo limpio?

MARIQ. (Aparte a Nogales.) Cállate, que eres tremendo.

ENCAR. ¿Y cómo me voy a llamar?

D. RAMIRO. Ya lo pensaremos.

CELES. Ponerle el nombre al revés.

ENCAR. Resulta muy *enrevesao*.

PALMI Pues la mitad del nombre.

ENGRA. No, que *deseguida* aciertan cómo se llama Y si no ahí está ese dueto que les dicen los Mary-Cely. Ella se llamará María y él... (pequeña pausa) *Celipe*.

ENCAR. A mí me gustaría un nombre como la piedra preciosa. *La Diamantina*.

PALMI. Ya hay una.

CELES. Pues *La Esmeraldina*.

PALMI. También hay.

NOGAL. Ya tengo yo uno que le va al pelo: *¡La Brillantina!*

ENGRA. ¡Ya *l' ha dao!* Que le pongan *La Brillantina*. *¡Miá* que *tié* talento este señorito!

(Se oye el timbre en la puerta de la tienda.)

CELES. (A Encarna.) Ha sonado el timbre. Sal a ver quién

es. (Sale la Encarna a la tienda. Todos los personajes, excepto Charito, forman un animado grupo a la derecha. *La Samaritana* sigue en el lado opuesto sentada en una silla.)

MARIQ. Hay que celebrar estos acontecimientos.

NOGAL. Cuanto antes mejor.

MARIQ. Para solemnizar el bautizo de *La Samaritana* y *La Brillantina* yo convido a champagne.

NOGAL. ¿Estás en dinero?

MARIQ. Ya lo creo; ¡he hipotecado esta mañana una de mis fincas!

ENCAR. Una carta para tí. (Entrando y sin que se den cuenta los demás personajes.)

CHARI. (Cogiéndola.) Es de mi Alberto. (Abre la carta, pasa por ella la vista rápidamente y se tapa los ojos.)

CELES. (Que está en todo y al ver entregar la carta a *La Samaritana* se pone a su lado, tapándola para que no la vean los del grupo.) ¿Qué dice? ¿Qué dice?

ENCAR. (Coge la carta y la lee.) «Rosario de mi vida: vas a matar mi corazón y a amortajarlo con unos trapos de lentejuelas. ¿Quieres evitarlo? Huye pará siempre de tu casa y del taller; lo que sea de uno será de otro. Si quieres, te espero en el sitio de costumbre. Es mi última proposición. Tu Alberto.» (Charito está como anonadada. Celestina quita la carta a Encarna.)

ENCAR. ¿Y qué piensas hacer?

CHARI. Irme con él para siempre.

CELES. Eso nunca (Cogiéndola del brazo.)

NOGAL. ¿Bebemos o no?

CELES. Si quieren beber suban al entresuelo.

NOGAL. ¡Hurra por las artistas! Vamos, vamos. (Se disponen a subir al entresuelo con mucha alegria.)

MARIQ. (Reparando en la la cara de *La Samaritana.)* ¿Qué le ocurre a esta chica?

D. RAMIRO. (Con mucho interés.) Charito, hija, ¿qué te pasa?

CELES. Nada, que acaba de recibir nna carta proponiéndola un contrato.

PALMI. ¿Tan pronto?(¡Q .e suerte!)

CELES. Sí; pero es para toda la vida... (Rompe en cuatro pedazos la carta.) y este contrato no le conviene. (Con intención y enseñando la carta al decir: este contrato.)

CUADRO Y TELÓN RÁPIDO

ACTO SEGUNDO

La escena representa el foyer de un edén concert a todo lujo. Mesas con tapetes de encajes, y sobre las mesas elegantes floreros con flores y lamparitas eléctricas elegantes; en el centro, una gran araña encendida. En el foro, puerta de entrada. (Las lámparas estarán encendidas y en escena habrá mucha luz.)

ESCENA PRIMERA

ENGRACIA y la DUQUESA sentadas en una mesa. En otra, MELAMPA y EDUARDO

EDUAR. (A *La Melampa.*) ¿Pero chica, porqué tienes ese morro?

MELAM. Ya te lo he dicho; porque yo no estoy aquí para levantar el telón; que pongan a otra.

EDUAR. ¿A quién? ¿A *La Samaritana* que es la atracción?

MELAM. No; porque *pa* eso tiene muy buenos trajes; pero *La Brillantina* ya podrá salir de primer número. Claro, como es la protegida de la estrella de la casa. ¡Y menudo sueldo le dan a ese minino *costipao!*

EDUAR. ¿Pues cuánto le dan?

MELAM. Siete pesetas y no la cobran Agencia. Y yo, para llegar a las cinco pesetas diarias, tengo que de-

dicar tres o cuatro postales a los parroquianos, a dos reales cada una.

EDUAR. No te apures, que como yo conozco muchos empresarios puede que te busque un buen contrato.

MELAM. A ver si me dan un par de durillos sin que me obliguen a estar en el foyer hasta las cinco de la madrugada, bebiendo de todo. ¡Es que estoy *estragá!*

EDUAR. ¿Porqué no pides yemas de huevo para la voz?

ENGRA. (A la Duquesa.) ¿Y *ande* ha *estao usté* metida tanto tiempo que no se le ha visto el pelo, *señá* Duquesa?

DUQUE. Con Palmira y Mariquita Albornoz, qne como son tan buenas me han llevado con ellas a pasar una temporadita a Málaga. Hoy hemos llegado, pero yo he venido antes aquí porque tengo que ver a *La Petit Celtibera*, que me tiene que dar unos zapatos con galgas. Ya hemos sabido la desgracia de su hombre de usted.

ENGRA. Calle usted, por Dios, que fué horrible. Se acostó tan bueno tal día como hoy y al día siguiente despertó muerto. Una *higinia* dijeron los médicos que tenía.

DUQUE. Y su hermana, ¿gustó mucho en el debut?

ENGRA. Un montón; y después la contrataron aquí por recomendación de *La Samaritana,* y al día siguiente, *pa* celebrarlo, nos llevó don Ramiro a *toos* a una finca *manífica* que tiene y allí... ¡nos *echó* de comer! ¡Y qué comida! Las de Casa Lhardy son un gazpacho *comparás* con aquélla. Claro, como que a don Ramiro le cobran por

toó el *cuadrúpedo* de lo que vale, pues le dan las cosas buenas.

DUQUE. ¿Y no le ha salido un buen protector a la Encarna?

ENGRA. Calle *usté,* por Dios; que hay un señorito que la quiere y la hace sus buenos regalitos. Últimamente la ha *comprao* una máquina Singer, de mano, *pa* que se distraiga; pero a ella le *tié* sorbido el seso *El Samaritano.*

DUQUE. *¿El Samaritano?*

ENGRA. Sí; el hermano de Charito, que se ha *dejao* una coleta que si se la suelta le llega al contrafuerte; mi pobre hermana no hace más que pedírle a los señoritos moneditas de dos reales *pa* un collar, y el que las *engüarza* es ese fresco. La digo a *usté* que si no fuera hermano de Charito que nos proteje la que le cempraba un collar y un bozal era yó.

DUQUE. ¿Y las relaciones de *La Samaritana* con el banquero don Ramiro?

ENGRA. *Romantiquismo* y *ná* más. Yo creo que él está aguardando a que madure el fruto.

DUQUE. Todo se andará, porque el banquero las mata callando; que *La Samaritana* sé yo que le gusta más que el chantilly.

ENGRA. ¡Ya *l' ha dao!*

DUQUE. Y del periodista que le hablaba, ¿qué se sabe?

ENGRA. Qne no le ha vuelto a ver. Claro, como se está inflando de dinero con una comedia preciosa que le echan en no sé qué teatro... (Pequeña pausa.) Eduardo, Eduardo. Perdone *usté* que le distraiga, pero me he *acordao* ahora de lo del cuplé de mi hermana. ¿Lo tiene ya?

EDUAR. No tengo más que el monstruo.

ENGRA. (Con estupefacción.) ¿Y eso qué es?

EDUAR. El monstruo es una letra sin sentido que encaja perfectamente en la música y que nos sirve como de molde para hacer la original.

ENGRA. (Como el que no lo entiende.) ¡Ya! ¡Ya!

EDUAR. Más claro: el monstruo es como el patrón de papel que sirve para cortar un vestido.

ENGRA. (Muy convencida.) Ahora sí que me he hecho cargo.

ESCENA II

Dichos; *LA SAMARITANA,* NOGALES y la ENCARNA, que salen por la derecha.

SAMARI. (Reparando en la Duquesa.) ¡Hola, mi querida Duquesa, cuanto bueno! ¿Y Mariquita y Palmira?

DUQUE. Hoy hemos llegado de Málaga; luego vendrán. ¡Ay, hija, qué elegante estás! (Fijándose en una cruz de brillantes que lleva al cuello.) ¡Qué cruz más bonita!

NOGAL. ¡A mi gusta más el calvario!

DUQUE. Hola, Encarnita; ya sé que gustas mucho.

ENCAR. Regular. (Engracia se arrodilla y simula arreglar los bajos del vestido de su hermana.)

NOGAL. ¿Qué hay mi querida Duquesa? Cada día está usted más joven.

DUQUE. Lo que es una. ¿Cuántos años me echa usted?

NOGAL. Ninguno, que ya tiene usted bastantes. (Se sientan.)

ENCAR. Oye, Eduardo, ¿me has traído el cuplet que me prometiste?

EDUAR. Sólo tengo el monstruo.

ENCAR. ¿Y eso qué es?

ENGRA. No seas ignorante. El *mostro* es un patrón de papel.

ENCAR. Pues yo quiero verlo.

EDUAR. Allá va. (Saca un papel y lee.)

Tengo una jarra de Andújar.
¡Azúcar!
Y ayer me compré un melón.
¡Pirandón!
Verás la guerra europea.
¡Jalea!
Y un camaleón.
Pon,
pim, pam, pum, pom.

ENCAR. (Entusiasmada le coje el papel y se lo da a su hermana. Engracia se lo guarda en el pecho.) ¡Ay, qué bonito! Detrás del pim, pam, pum, un poco de baile, ¿verdad?

EDUAR. Pero chica, si esa letra no sirve.

ENCAR. Quiá, engañoso. Es el cuplé y se lo quieres dar a otra. Este lo canto yo y armo un escándalo

NOGAL. Seguramente.

EDUAR. *Brillantina,* te juro...

ENCAR. Nada, que no te lo devuelvo.

EDUAR. (Que vuelve a la mesa donde está *La Melampa.)* Pues como cante eso le van a dar pocas.

DUQUE. (A *La Samaritana.)* Oye, Charito, ¿me puedo obsequiar con un chocolate?

SAMARI. Lo que usted quiera...

ENGRA. Que se lo lleven a mi cuarto y le daré a probar un aguardiente riquísimo. (Mutis de la Duquesa y la Engracia, por la derecha.)

ESCENA III

Dichos menos ENGRACIA y la DUQUESA

(La Samaritana, Engracia y Nogales toman asiento en torno de una mesa.)

NOGAL. ¿Qué te ocurre, Charito, que estás pensativa?

SAMARI. No me pasa nada.

NOGAL. ¿Te falta algo? No hay nadie como tú. Los periódicos te elogian, el público te adora, el banquero te mima; tienes veinte años y ya has triunfado.

SAMARI. Pues con todo eso no soy feliz.

NOGAL. Nadie es feliz por completo.

ENCAR. Anda que no; mi hermana, desde que la *diñó* el hombre que la *zumbaba*, que no era mi *cuñao*.

NOGAL. No te preocupes de nada; haz lo que quieras y sobre todo sácale cuanto puedas a don Ramiro, y cuando tengas el riñón bien cubierto le das de baja.

SAMARI. Yo no hago una cosa así; a él le debo todo lo que soy.

NOGAL. A él, no; a ti misma, porque eres muy graciosa y muy bonita.

SAMARI. (Riendo.) Que te escurres.

ENCAR. Ya verás como se agarra.

NOGAL. Sabes de sobra que soy el único que no te ha hecho el amor. Me gustas, ¿y cómo no? ¿A quién no le agrada una perla rodeada de brillantes. Pero comprendo que eres honrada, aun contra tu voluntad y no ignoras que yo no gasto ni el tiempo.

ENCAR. Cómo te conoces.

NOGAL. Repito que si quieres serás rica al lado del banquero, y te advierto que prefiere que le roben mil pesetas a que le pidan cinco duros.

SAMARI. ¡Si te oyera!

NOGAL. Me da igual. Me necesita para cubrirse con la pinta. A los ojos de su familia, yo he sido el amigo de todas sus amigas.

SAMARI. ¿Y por qué haces eso? Tú eres bueno, inteligente, simpático... ¿Por qué no te buscas un modo de vivir y te casas?

NOGAL. Porque el matrimonio es la tumba del amor y la primera puñalada que se le da, es la petición de mano.

ENCAR. Hablas como un libro *cerrao,*

NOGAL. Yo soy una víctima de la vida, pero no me quejo; sé que soy un sinvergüenza y me consuelo porque... ¡es tan difícil encontrar un hombre honrado!

SAMARI. Me da pena que hables así.

NOGAL. Tú no te preocupes de mí y sigue los consejos que te doy; a triunfar y a sacarle los miles a don Ramiro,

SAMARI. ¿Y para qué quiero yo el dinero?

NOGAL. Para vivir como una princesa; para comprarte un marido.

SAMARI. ¿Y se puede ser feliz con un marido comprado? No.

NOGAL. Si no te enfadaras, te diría que le buscases al banquero... un tenedor de libros a tu gusto, ¿me comprendes?

SAMARI. (Con dignidad.) ¡Eso jamás!

NOGAL. ¡Lo que tienes que cambiar! Tu misión, por ahora, es conseguir que don Ramiro ponga a tu nombre el Soto de los Jaraices.

SAMARI. Pero cómo me va a dar así, porque sí, una finca que vale una millonada.

NOGAL. Así porque sí, no; pero es igual. Todo el mundo supone que eres su amante.

SAMARI. ¿Qué soy yo su amante? ¿Lo dice él?

NOGAL. Pchs... No lo desdice. Ya sabes que cuando proteje a alguna tiene la manía de contarle a todo el mundo en secreto, que es la que le quiere de verdad y como ya le conocen sus amigos, p es no le hacen caso. ¿Te importa que lo digan de ti?

SAMARI. Por mí, no.

NOGAL. Pues por tu familia no será.

SAMARI. Tampoco. (Muy triste.) Es por él.

ENCAR. Ya pareció el peine.

NOGAL. ¿Te acuerdas aún del periodista?

SAMARI. ¡Que si me acuerdo! No pasa día sin verle.

ENCAR. Ay, hija, qué bien haces las cosas; y *toos* en la higuera. Me *tiés* que enseñar el procedimiento.

SAMARI. No; le veo sin verle, le hablo sin que me oiga. Le llevo dentro. Y el caso es que hoy va a venir aquí. ¿A qué vendrá?

NOGAL. A verte, a decirte que no puede vivir sin ti; a que le vuelvas a querer.

SAMARI. ¡Ojalá!

NOGAL. Suspende las lamentaciones, que don Ramiro se acerca. (Mirando hacia la derecha.)

MELAM. Vámonos un poco al cuarto, que por aquí no pasa un alma. (Con sorna.) Claro, como no soy protejida de nadie.

EDUAR. Pues no te puedes quejar de mí, que bien de conversación te he dado (Se marchan del brazo por el foro. Mutis.)

ESCENA IV

LA SAMARITANA, ENCARNA, NOGALES, DON RAMIRO y *LA VALENCIANITA*, que entran por la derecha.

D. RAMIRO. (A *La Valencianita.*) Te aseguro que Charito es la única que me quiere de verdad... Señores, buenas noches; qué gentío hay a la puerta. Se están acabando los billetes.

NOGAL. ¡Como que no trabaja nadie en esta sección (Toman asiento don Ramiro, Charito y Encarna en una mesa y *La Valencianita* y Nogales en otra próxima.)

VALEN. ¿Habéis visto por aquí al pelmazo de Regúlez?

D. RAMIRO. ¿Esperas algún contrato?

VALEN. Sí, un contrato *ful*,

D. RAMIRO. ¿Y contra quién es el timo?

VALEN. Contra ese Senador extraño que me presentó Celestina.

D. RAMIRO. Cuéntame eso del contrato *ful*.

NOGAL. Es una operación mercantil que he inventado yo. Verá usted: Esta se deja querer por un Senador tan rico como tacaño. Anteayer le pidió un recuerdo de una de las mejores pastelerías.

ENCAR. ¿De casa Lhardy?

NOGAL. No; de casa de Marabini, y el buen señor la llevó una sortija de sello con sus iniciales; total

ochenta pesetas, y entonces es cuando la aconsejé yo lo del timo del contrato.

D. RAMIRO. ¿Pero cómo es?

VALEN. Pues muy sencillo: Regúlez me trae un contrato figurado para Lisboa, y como mi Senador no quiere que vaya, pues el Agente cobra quinientas pesetas por incumplimiento de contrato, que me dará a mí, sin perjuicio de que el Senador me entregue el sueldo de diez días para que no lo pierda. Regúlez lleva una participación y este (por Nogales) otra y todos contentos.

NOGAL. Pero no lo cuentes, mujer.

D. RAMIRO. (Riendo.) ¡Lo que caviláis.

ENCAR. Yo le pediría un contrato así a Regúlez *pa* sacarle unas pesetas a ese señorito que me ronda, pero como tu hermano (A *La Samaritana.*) el pobre está *nurasténico,* se iba a quedar con los cuartos.

ESCENA V

Dichos, REGULEZ y *EL BADANAS*, por el foro.

NOGAL. Ahí tienes al señor Regúlez con el padre de *La Tripolitania Petit.*

BADAN. (Entrando por el foro con Regúlez.) Le digo a usted que ese de la *clá* no entra más de *berangui.*

REGÚL. No le comprendo.

BADAN. De *colón,* de *valdivia,* con *valeriano.* (Cara de extrañeza de Regúlez.) De balde, hombre, de balde

REGÚL. ¿Pero no pagan los de la claque?

BADAN. Una *desinificancia*. Cincuenta *garabitos* a la semana.

REGÚL. ¿Y qué ha pasado?

BADAN. Usted sabe por qué le han *echao* a mi hija un *cacho* de jabón moreno *liao* en una bayeta?

REGÚL. Me lo imagino.

BADAN. Tampoco. Se lo han *echao* porque la chica no le ha *dedicao* una postal al segundo de la *clá*. ¿Y por qué no se la ha *dedicao*? Porque el otro día le dedicó una al jefe y se armó una juerga de órdago al juego en la taberna *ande* se reunen, porque en la dedicatoria había unas cuantas faltas de ortografía. ¿Y por qué había unas cuantas faltas de ortografía? Porque el que dedica las tarjetas, que soy yo, no ha tenido tiempo de *deslustrarse*... ¿Y por qué no he tenido tiempo de *deslustrarme?*... Pues porque...

REGÚL. (Atajándole la palabra y en el mismo tono.) ¿Y porqué me cuenta usted a mí todo eso?

BADAN. Porque usted es un buen amigo mío. ¿Y por qué es usted un buen amigo mío?

REGÚL. Bueno, señor Paco, se continuará.

VALEN. ¡Eh, señor Regúlez! ¿Me ha traído usted eso?

REGÚL. Luego se lo daré.

BADAN. (Quitándose el hongo.) Muy buenas, don Ramiro y la compaña.

D. RAMIRO. ¡Hola, señor de *Badanas!* ¿Y la chica?

BADAN. En el cuarto, llorando más que cuando enterraron a *Bigotes*.

SAMARI. ¿Y por qué llora?

BADAN. Porque la *tién tirria* los de la *clá*. ¿Y por qué la *tién tirria*?

D. RAMIRO. Siéntense ustedes. (Regúlez y *Badanas* lo hacen. El último se quita el hongo y lo mete en el puño de un grueso garrote del que es portador.)

BADAN. (Al sentarse) Con permiso. Pues, como decía, la *tién tirria* porque uno no puede sacudirse *pa* que se tomen dos de *mostagán*. (ademán de beber). ¿Y por qué no *pué* sacudirse uno?

NOGAL. Este hombre es una correa sin fin. (Accionándolo.)

ENGRA. Nos lo figuramos. (A Paco *El Badanas*.)

BADAN. Lo que *tié* que repudrirse un padre *pa* dar una carrera a su hija.

VALEN. Y menos mal que usted es joven aún.

BADAN. *Demasiao* joven; porque hay pueblos *ande* creen que yo no soy el padre *fetén* de la chica y me toman por un sinvergüenza y esto nos perjudica. ¿Y por qué me toman por un sinvergüenza?

ENGRA. No siga usted, porque nos lo suponemos.

ESCENA VI

Dichos y ENGRACIA (por la derecha).

ENGRA. ¡Hola, señor Regúlez! Me alegro de verle.

REGÚL. ¿Qué se la ofrece?

ENGRA. Que a ver cuándo la busca usted un contrato a mi hermana *pa* afuera, que se me va a *podrir* en este teatro.

REGÚL. Precisamente venía a proponerle uno estupendo, de cinco duros diarios.

ENGRA. ¡Ya *l' ha dao!*

BADAN. Qué suerte tienen *ustés*.

ENCAR. ¿Y *pa* dónde es?

REGÚL. Para Astorga; son las ferias ahora. Uu poco lejos; 25 horas de tren.

ENGRA. ¿Pagan el viaje?

REGÚL. Dos de ida en tercera; la vuelta es por cuenta de ustedes.

ENGRA. No importa, porque con cinco duros diarios hay *pa toó*. ¿Será un mes de contrato?

REGÚL. Poco menos. Dos días, sábado y domingo.

ENGRA. Aguarde, aguarde. (Contando por los dedos.) Dos días son diez duros, y de ahí habrá que descontar...

REGÚL. El diez por ciento de comisión, la estancia, los viajes de vuelta...

ENGRA. ¿De modo que nos quedan?...

ENCAR. Nos quedan que poner cuatro pesetas y pico.

ENGRA. (A Badanas.) ¿A visto usted que suerte tenemos?

BADAN. Es que las varietés están dando las *boqueás*. ¿Pero porqué darán las *boqueás* las varietés?

ENCAR. Señor Regúlez, ¿porqué no le ofrece *usté* ese contrato a *La Goya*, que *pué* que no haya *estao* en Astorga.?

ESCENA VII

Dichos, MARIQUITA ALBORNOZ y PALMIRA

MARIQ. (Entrando por el foro.) Salud, señores. (Todos se saludan efusivamente, preguntando cómo se encuentran y dando animación y alegría a la salutación.)

SAMARI. ¿Qué tal os ha ido por Málaga.

MARIQ. Admirablemente. Allí el mes de Abril es delicioso. (A *La Samaritana.)* ¿Tú seguirás siendo el *succés* de la temporada?

SAMARI. El público que es muy bueno.

MARIQ. (Pregunta aparte a *La Samaritana* con mala intención.)

¿Y qué, es ya tuyo el Soto de los Jaraíces?

SAMARI. (Con mucha dignidad.) El banquero no ha pasado de ser un buen amigo mío.

MARIQ. Ya le ascenderás.

D. RAMIRO. Pero siéntense y hablemos.

(Todos los bocadillos, desde que salen a escena Mariquita y Palmira, los dirán de pie, cuidando el Director de que se muevan bien las figuras, para dar la sensación de naturalidad. A la invitación del banquero se sientan todos en distintas mesas y el mozo les sirve cosas de beber.)

MARIQ. (Sacando cigarrillos de una pitillera de señora.) ¿Quién quiere fumar?

NOGAL. Yo. (Rápidameate.)

MARIQ. ¿Siguen gustándote más los míos? (Ofrece pitillos a D. Ramiro y a Badanas.)

BADAN. Doña Mariquita, me va usted a dispensar que no me lo fume; pero es que tengo que hacer un obsequio. (Se guarda el pitillo con mucho cuidado.)

MARIQ. Ahí va otro.

BADAN. Se agradece. (Toma otro y lo mira.) Es que da lástima morder esta boquilla *dorá.* (Hablando consigo mismo.)

PALMI. (A *La Valencianita.) Valencianita,* ya veo que prosperas. Llevas una pulsera preciosa. (La pulsera la lleva en el tobillo.)

VALEN. ¿Quieres las señas del que me la ha vendido?

MARIQ. (Por Palmira.) Esta prefiere las señas del que te la ha comprado.

D. RAMIRO. ¿Y cómo está Málaga?

PALMI. Animadísima. Allí hemos visto presumiendo a Amparito, *La Claveles.*

NOGAL. No sé quién es.

PALMI. Aquella muchacha que estuvo para meterse en las varietés.

NOGAL. Repito que no la conozco.

MARIQ. Pues es extraño, porque ha sido novia de todos los perdidos de Madrid.

PALMI. Está hecha una gran señora y ha viajado por todo el mundo.

MARIQ. Y viceversa. (Se rien todos, menos la Engracia y el Badanas.)

NOGAL. Veo que cada día tienes mejor humor.

BADAN. (A la Engracia.) Menuda *juelga* se ha *armao* con *veciversa* ese.

ENGRA. ¿*Usté* no sabe lo que quiere decir?

BADAN. No, señora, porque no *chanelo* el francés. ¿Y porqué no *chanelo* yo el francés?

D. RAMIRO. Oye, Mariquita tú que lo sabes todo, ¿es verdad que casa se el chico del Marqués de Antelo, que está tronado, con la hija de un comerciante riquisimo?

MARIQ. Sí... El Marqués va a casar su *déficit* con el *superávit* del comerciante. Por cierto que el comerciante le ha ofrecido como regalo a su hija diez mil duros por cada hijo que tenga.

NOGAL. Pero hombre, eso es condenar al marido a trabajos forzados a perpetuidad.

MARIQ. Y a todo esto, que sea enhorabuena, señorita *Brillantina,* que ya sé que eres una estrella.

NOGAL. Ojalá; la estrella más próxima está a diez millones de kilómetros.

ENGRA. No es porque sea mi hermana, pero ésta va a quitar muchos moños.

PALMI. Y qué, ¿pasaste mucho miedo el día del debut?

SAMARI. Horrible; anda, cuentales lo que te ocurrió.

D. RAMIRO. Sí, sí, cuéntalo.

ENCAR. *Pos* veréis ustedes. Después de haber ido a una Academia a estudiar, don Ramiro me dió una carta para la madre de la Chelito, que es una señora muy simpática que se llama doña Antonia. Esta señora me vió y empezó a *esaminarme.*

PALMI. ¿Qué te preguntó?

ENCAR. De palabra *ná*. Fué un *esamen,* de *parcheo,* con las manos, y me dijo: estás hecha qne ni de encargo *pa* buscarte la pulga; me ensayaron la rumba, y al día siguiente me levanté al ser de día. El deseo de verme en el cartel me *reconcomía* y salgo a la calle y me veo *pegá.* (Se levanta y como si leyera.) *La Brillantina. Chanteuse* a transormación, y detrás, entre dos palitos así: (Marca con los dedos nn paréntesis.) ¡Debut! Bueno, si no me agarro a un barrendero que pasaba, me caigo al suelo *conmocioná.*

MARIQ. Sigue, sigue.

ENCAR. El debut estaba anunciado para las nueve, pero a las siete y media ya estaba yo vestida.

PALMI. ¿Era bonito el traje?

ENCAR. *Preciosismo.* Mi chaquetilla de picador, verde malva con golpes negros; mi corbata corinto, mi faja azul, mi falda amarilla y *encarná,* mis medias blancas, mis zapatos lila y unos panta-

lones de encajes teñidos con azafrán, que quitaban el sentido.

MARIQ. Estarías preciosa.

ENGRA. Era *talmente* una postal *iluminá.*

ENCAR. A la cabeza llevaba una mantilla que me había hecho mi hermana, imitando los madroños con acerolas y azufaifas...

MARIQ. ¿Pero no llegamos al debut?

ENCAR. Ya va. Dan las nueve, toca la música, salgo y principio a bailar el bolero *robao,* y cada vez que hacía así (Acciona como si bailara.) me daban las acerolas en la cara. ¡Menuda paliza!

PALMI. Sí que pasarías un mal rato.

ENCAR. ¡No tenéis idea! Sigo bailando; me se sueltan las castañuelas y, como si las hubiese *tirao* con una honda, van a la quinta fila y le dan en la calva a un señor. ¡Entonces *escomenzó* el *choteo!*

MARIQ. Pues es un debut como para que lo cuente Pérez Zúñiga.

ENCAR. Aun falta lo mejor. Uno de la *clá* me echa un pedazo de mojama y yo, *pa* detallar, me lo como, y al rematar el baile hago así con la pierna (levanta la pierna y hace un «jeribeque» con ella), *me se* engancha un tacón en los encajes, me caigo al suelo como una rana y al levantarme tenía los pantalones en las tabas. Bueno, se armó una juerga que hasta los músicos se *tronchaban* de risa, y yo, sin amilanarme me quito los pantalones, hago una reverencia así y *pa* adentro. (Hace una reverencia y tira un beso ridículamente.)

MARIQ. ¿No saldrías más?

ENCAR. ¡Anda, que no! Vestida de *rumbera*, y al verme, empieza a gritar el público: "¡otro toro! ¡otro toro!", y yo muy seria, *alecionâ* por doña Antonia, la emprendo con aquello de (Cantando con música de la rumba popular.)

Anda colúmpiate
recoco-mambrú, sí, sí...

Y principio a rumbear *pa* un *lao* y *pa* otro como si me fuera a *desgualdramillar*, y el público venga aplaudir y doña Antonia, desde dentro, me decía: "¡duro valiente! ¡más rumbeo! ¡más rumbeo!", y yo me suelto el pelo y sigo moviéndome que parecía un ventilador y para la música y yo, sin darme cuenta de que no tocaban, sigo rumbeando y dándole al

Arza colúmpiate
recoco-mambrú, sí, sí...

y el tío calvo se sube en una butaca y grita: "¡fuego! ¡fuego!". El escándalo que se armó fué de no te menees, y un *gachó* patizambo que tocaba el *violonchuelo* en la orquesta, creyendo que era verdad lo del fuego, me enchufó la manga y me arreó una ducha como *pa* mí sola. *¡¡El desentomicen!!* Después vinieron los guardias y me llevaron, chorreando, a la Comisaría. Total: que yo debuté sin ganar nada y ahora me dan mis siete pesetas diarias y saco *preparaos* los pantalones *pa* que *me se* caigan *toas* las noches.

MARIQ. Bien, *Brillantina*, bien.

PALMI. Así ponen el arte algunas desgraciadas. Qué poco se me caen a mí los pantalones en escena.

NOGAL. Claro; como que sales sin ellos.

ESCENA VIII

Dichos y EL AVISADOR (por el foro.)

AVISA. (Desde la puerta de entrada.) Señorita *Samaritana,* ¿qué va usted a cantar?

SAMARI. "El Cocotero", "Rabanitos", "La Exploradora del Amor" y luego ya veremos lo que pide el público.

D. RAMIRO. ¿Por qué no cantas ese cuplé que me gusta a mí tanto? "El primo alumbrao".

SAMARI. También lo cantaré. Oiga, Tomás, que pongan "El primo alumbrao". (Mutis del Avisador.)

MARIQ. (A Nogales.) Es simbólico ese cuplé tratándose de don Ramiro.

NOGAL. Como que yo le llamo el *Nosce te ipsum.*

SAMARI. Bueno, yo me voy a escena, que ya no tardaré en salir.

MARIQ. Y nosotras vamos a aplaudirte, que he sacado un palco. ¿Viene usted, don Ramiro?

NOGAL. Iré yo, porque él tiene que quedarse entre bastidores.

MARIQ. (Riéndose y a don Ramiro.) ¿Le han hecho a usted tramoyista honorario? (Hacen mutis por el foro don Ramiro, *La Samaritana,* Mariquita Albornoz, Palmira, *La Valencianita* y Nogales, formando animado grupo.)

ESCENA IX

ENCARNA, ENGRACIA y *EL BADANAS*

BADAN. Yo tambiéd me voy a ver si se le ha *pasao* el *desgusto* a la chica; pero lo malo es que cuando se repone de esos arrechuchos, aterriza en el cestillo del de las avellanas *tostás* y *acaramelás* y no deja una. ¿Pero por qué le gustarán tanto las avellanas *tostás y acaramelás?* (Mutis por el foro.)

ESCENA X

ENCARNA, ENGRACIA; a poco ROBERTO

ENCAR. Vaya un tío; de vago que es se hace un ocho.

ENGRA. No tiene que envidiarle nada a tu novio.

ROBER. (Entrando por el foro.) Me han dicho en su cuarto que aquí podría encontrarla.

ENCAR. Engracia, mira quien entra.

ENGRA. ¡El periodista de Charito!

ROBER. (Dirigiéndose a ellas.) Ustedes perdonen...

ENCAR. Buenas noches, Roberto.

ROBER. ¡Ay!, pero si es Encarnación; perdone usted, ¿Qué tal? ¿Y usted, señora?

ENGRA. Perfectamente.

ENCAR. (Con malicia.) ¿Buscaba usted a *La Samaritana?* No me lo niegue.

ROBER. ¿A *La Samaritana?*

ENCAR. O a Rosario, es igual.

ROBER. No, no es igual, tenía usted razón; no busco a Rosario, busco a *La Samaritana*.

ENGRA. ¿Y qué más tiene?

ROBER. Yo me entiendo.

ENCAR. Pues debe estar empezando su número. ¿Quie- usted verla desde el público? (Medio mutis.) Pediré un vale.

ROBER. No, muchas gracias; prefiero aguardar.

ENGRA. Y aunque sea usted mal *preguntao*, ¿usted vendrá, seguramente, a... (Como dando a entender que va a buscar a *La Samaritana* para arreglarse con ella.)

ENCAR. Cabal; como que donde hubo fuego...

ROBER. Están ustedes equivocadas; yo vengo simplemente a interviuvarla.

ENCAR. (Cara de espanto; vamos, como si temiera que fuese a agredirla.) ¿Cómo?

ROBER. A hacerla una interviú.

ENGRA. (A Encarna, el mismo juego de antes.) ¿Qué ha dicho que la va a hacer?

ENCAR. No sé; pero me parece que no es nada bueno.

ENGRA. Yo estaba por avisarla, no la coja de sorpresa.

ENCAR. Aguarda, que no será *pa* tanto.

ROBER. ¿Tardará mucho en acabar?

ENCAR. Un ratito todavía; porque como la hacen repetir *un porción* de canciones.

ROBER. Entonces volveré dentro de un cuarto de hora.

ENCAR. Puede esperarla aquí.

ROBER. No, no; prefiero que me dé un poco el aire, Hasta ahora. (Hace mutis Roberto por el foro.)

ENCAR. ¿Has visto?

ENGRA. Ese ya sé a lo que viene. Se ha olido que hay pasta y quiere hacer las paces. ¡Si conoceré yo a los hombres! Y si no, acuérdate de aquella vez que tu segundo *cuñao* se empeñó en...

ENCAR. Calla la boca, mujer.

ESCENA XI

ENGRACIA, ENCARNA y CARLITOS (por el foro).

CARLI. (Entrando.) Buenas noches, Encarnita. Salud, Engracia.

ENGRA. Venga usted con Dios. (Se sienta.)

ENCAR. Oye, ¿cómo has tardado tanto? (Se sienta en una mesa próxima a la de Engracia.)

CARLI. Porque he cenado fuera de casa. Sólo he entrado a darte las buenas noches porque estoy fuera con unos amigos. (Carlitos hace toda la escena de pie.)

ENCAR. ¿Te parece que convidemos a mi hermana?

CARLI. No faltaba más. (Encarna da dos palmadas y se acerca el mozo.)

ENCAR. Dame una copa de Jerez con dos yemas y a mi hermana lo que quiera,

CAMAR. (Acercándose a Engracia.) ¿Qué quiere ustéd?

ENGRA. Póngame un bocadillo de carne en un papel.

CAMAR. Pero si ya tiene usted apartados tres bocadillos.

ENGRA. (Misteriosamente.) Entonces ponga con los bocadillos un poco de fruta y media de Rioja. (Mutis del camarero que vuelve a poco con la copa de Jerez.)

ENCAR. Carlitos: pasado mañana es mi santo. ¿Qué me vas a regalar?

CARLI. He pensado traerte un perrito *griffon*. ¿Qué te parece?

ENCAR. Mejor es un portamonedas de plata, grande, de esos que venden en las Casas de Préstamos; porque si cualquier día tengo un apuro no voy a vender en la calle de Alcalá el *griffon*.

CARLI. ¿Cuándo vamos una noche a cenar juntos? Pero sin tu hermana.

ENCAR. Cuando yo me convenza de qne me quieres mucho.

CARLI. ¡Ay, Encarnita! Tu corazón es de cristal y no logro grabar en él mi nombre.

ENCAR. Oye, ¿por qné no pruebas con un diamante?

CARLI. Yo probaría, pero me tiene escamado el hermano de *La Samaritana*, que te ronda.

ENCAR ¿Quién, ese? ¡De nácar! El bien quisiera, pero... (Cambiando de tono.) Carlitos, déjame el bolsillo.

ENGRA. Adiós Madrid; mi hermana va a hacer un juego de manos.

CARLI. ¿Para qué?

ENCAR. Para hacer un juego de manos.

ENGRA. (Aparte.) ¡Ya *l'ha dao!*

ENCAR. Anda, dámelo.

CARLI. ¿Para qué?

ENCAR. ¡Ah! ¿No quieres?

CARLI. Sí, tonta; es una broma. Toma. (Le da el portamonedas. Ella lo coge, saca un duro y se lo guarda en el pecho.)

ENCAR. ¿Te enfadas?

CARLI. No; lo que siento es una cosa...

ENCAR. ¿Cuál?

CARLI. No, no te lo digo.

ENGRA. Lo que ese siente es no tener la llave de la caja de ahorros de mi hermanita.

ENCAR. Hoy no me has traido moneditas de dos reales.

CARLI. Mañana te traeré dos duros; pero hija, ese collar no se acaba nunca. Bueno, me voy un ratito al público, que estoy en un palco con unos amigos. (Da dos palmadas y viene el camarero.) ¿Qné se debe?

CAMAR. Siete pesetas.

CARLI. Toma.

CAMAR. Muchas gracias, señorito.

CARLI. Hasta luego. Adios, Engracia.

ENGRA. Vaya usted enhorabuena.

ENCAR. Qne no se te olvide el portamonedas y las moneditas y que me traigas bombones.

CARLI. ¡Sí, sí! (Aparte.) ¡Caray! Qué verdad es aquello qne canta Rafael Arcos de las cupletistas. (Cantando con música del cuplé del polichinela.)

Que bien estarían
sin familia ya.

(Hace mutis por el foro.)

ESCENA XII

Dichos menos CARLITOS

ENCAR. (Al camarero.) Tú los vales de la consumación.

CAMAR. Hoy van ustedes bien. (Le da un vale a Engracia que lo guarda en el cabás.) ¡Camará! ¡Lleva usted más azúcar que la Azucarera!

ENGRA. Hay qne *alambicar,* qne dando nadie se hace rico. ¡Ah!, oye: luego, cuando venga don Ramiro y nos convide, yo te diré, a mí lo de todas las noches.

CAMAR. ¿Y qué traigo?

ENGRA. Un chocolate clarito y medio pollo frío.

CAMAR. ¿Va usted a mojar el pollo en el chocolate?

ENGRA. No, el pollo lo pones con los bocadillos y el Rioja.

CAMAR. Está bien. (Al mutis.) Esta hermanita es la barredera mecánica.

EECARNA XIII

ENCARNA, ENGRACIA y QUITERIO (por el foro).

QUITE. Buenas noches.

ENCAR. ¡Hola! ¿Dónde has estado metido hasta ahora?

QUITE. En casa con mi pobre padre, que está más enfermo...

ENGRA. (Haciendo ademán de beber.) ¿Qué tiene, un catarro mny fuerte?

QUITE. ¡Quiá! Lo de hoy es pulmonía doble. (Se sienta y Encarna permanece de pie.)

ENCAR. ¡Ah!, oye: que me he *enterao* de que anoche te paraste en el cuarto de la Carmelita y estuviste hablando con ella muy entusiasmado.

QUITE. ¡Hay que ver! Hablar yo con esa *larguirucha.*

ENCAR. Pues la llaman la mujer palmera.

QUITE. Será por los dátiles que tiene. (Aludiendo a los dedos.)

ENCAR. Pues no quiero que la mires siquiera.

QUITÉ. No te *amontones*, porque las mujeres son como la sombra, si las sigues te huyen y si las huyes te siguen.

ENCAR. Pues procura que no te sigan.

QUITE. Entonces tendré que ir detrás de ellas.

ENCAR. No voy a querer yo.

QUITE. ¡A ver que vida! Pero tu no sabes que cuando paso por los cuartos de las artistas vuelven todas la cabeza.

ENGRA. Será *pa* no verle a usted.

QUITE. (Poniéndose de pie.) Ves; si no fuera tu hermana, la daba un *achagón*.

ENGRA. Perdone usted, Quiterio, ¿es verdad que va usted a torear una corrida *noturna?*

QUITE. Tampoco; eso queiía el *vivanco* de Retana, pero yo le dije que esas corridas las torean los *murciégalos* y los serenos *na* más.

ENGRA. Vamos, usted no está seguro de conservar la serenidad delante del toro. Ya me han dicho que el otro día fué usted a la Plaza de la Ciudad Lineal a ensayarse y que se arrimó usted la mar.

QUITE. (Presumiendo.) ¡A ver que vida!

ENGRA. Pero que se arrimó usted a la barrera.

QUITE. Es que soltaron un morucho que sabía hacer pitillos con un cuerno.

ENGRA. Y usted dijo que lo torease un *murciêgalo*, verdad?

ENCAR. Bueno, Engracia, deja al chico, que le *tiés inquinia.*

QUITE. (A Encarna.) ¡Ah, tú! Me *paece* que he visto ron-

dando por ahí fuera al *litri* del periodista aquél de mi hermana y a ese le *chafo* yo el pasodoble con el banquero.

ENCAR. No vayas a meter la pata.

QUITE. Pues como no me dé mi hermana un duro, me *chivo* a don Ramiro.

ENCAR. (Sacando el duro que se guardó en el pecho.) Toma el duro y cállate.

ENGRA. ¡Ya *l'ha dao*!

QUITE. (Guardándoselo.) No, si con este ya contaba yo. Yo digo otro *mosco pa* tener dos, que es muy buena sombra.

ENCAR. Luego te lo daré.

ENGRA. Este *gachó* nos va a dejar en la ruina. (A Encarna.) Tú, chica: vámonos al cuarto, que hay que arreglar aquella ropa.

ENCAR. (Al *Samaritano*.) ¿Nos acompañarás luego?

QUITE. ¡A ver que vida! (Recordándola por señas lo del duro. Mutis de Encarna y Engracia por la derecha.

ESCENA XIV

QUITERIO

QUITE. ¡Ay que ver! *Ca* vez que pienso el tiempo que hemos *perdío* de vivir en grande *me se* quema la sangre. Y si no llega a ser por la *señá* Celes, ¡Dios la bendiga!, le *atontoliná* de mi hermana se enjuaga con el apellido paterno y arrea con el escritor y nos llena de lodo ante el mundo *civilizao* y nos morimos *toos* de necesidad. Muchas mujeres como la *señá* Celes es lo que hace falta en Madrid. (Mutis por la derecha.)

ESCENA XV

Don RAMIRO, *LA SAMARITANA*, MARIQUITA ALBORNOZ, NOGALES Y PALMIRA. A poco, ENCARNA y ENGRACIA

MARIQ. Chica, lo que has adelantado.

D. RAMIRO. Es que sugestiona a los morenos.

SAMARI. Pues esta noche no he cantado a gusto, porque el maestro nuevo acompaña muy mal.

NOGAL. Es que ese músico cumple el precepto evangélico que dice: que tu mano derecha ignore lo que hace la izquierda.

ENGRA. (Saliendo por la derecha con Encarna.) Oye, *Samaritana,* con permiso de estos señores. (Se acerca *La Samaritana,* y los del grupo hablan entre sí.) ¿Sabes quién ha estado aquí? El *periodiquero*

SAMARI. ¡Roberto! ¿Y qué ha dicho?

ENCAR. Que venía a hacerte... ¿cómo dijo? Una... una... Bueno, una perrería. Conque ya estás *avisá.*

SAMARI. ¡Eso no puede ser!

D. RAMIRO. Señores: se me ocurre que el ratito de tertulia que hacemos aquí todas las noches lo traslademos a "Los Gabrieles" para celebrar la vuelta de Mariquita.

NOGAL. Ha tenido usted la gran idea.

ENCAR. Yo me voy a quitar estos *arreos.* Anda, tú, que tenemos que ir a "Los Gabrieles."

ENGRA. ¡Ya *l' ha dao!* ¿Porqué no me habré traído esta noche el cabás grande? (Hace mutis por la derecha.)

MARIQ. Pues nosotras nos vamos de avanzada para ir preparando la cena. ¿Vienes, Nogales?

NOGAL. No, acompañaré a don Ramiro.

MARIQ. Te advierto que hemos venido en un auto y no tienes que pagar nada. (Hacen mutis por el foro.)

ESCENA XVI

LA SAMARITANA, Don RAMIRO, NOGALES y ROBERTO

NOGAL. Veo con satisfacción que no pierde usted el humor. Siempre tiene usted gana de juerga.

D. RAMIRO. Pues estoy deseando que llegue el buen tiempo para empezar a ir a la Cuesta de las Perdices. Está aquéllo delicioso al amanecer. Anda, Charito, arréglate.

ROBER. (Entrando, y desde el foro.) Buenas nochas. ¿Es a la notable artista *La Samaritana* a quien tengo el honor de saludar?

SAMARI. (Disimulando su emoción.) Justamente. Y usted es don Roberto Martín, ¿verdad?

ROBER. Para servirla. Yo venía a solicitar de usted una interviú. Al público le interesan mucho las cosas de sus artistas predilectas.

SAMARI. Muy bien. Pero antes he de presentar a ustedes. Don Ramiro Montenegro, mi protector, mi segundo padre.

D. RAMIRO. (Un poco molesto.) No tanto, no tanto.

SAMARI. Perico Nogales, un excelente amigo. (Se saludan don Ramiro y Roberto, y luego éste y Nogales.)

NOGAL. Al señor me parece que le conozco. (Recalcando.)

ROBER. (Recalcando más.) Sí, creo que nos conocemos.

SAMARI. (Por Roberto.) El señor, es el famoso autor de esa comedia tan linda que vimos en la Princesa, «La Rosa de Alejandría».

D. RAMIRO. Estuvimos, Charito y yo, en el estreno en una platea. ¿No nos vió usted? (Roberto y *La Samaritana* se miran a hurtadillas.)

ROBER. En noche de estreno no se ve a nadie, y aquélla noche era mi primera obra y me lo jugaba todo. ¡Estaba como loco! En fin, después de salir a escena qué sé yo cuantas veces, me eché a llorar.

SAMARI. ¿Lloró usted? ¡Pobre! Debe ser una emoción muy grande... Yo también lloré.

ROBER. (Sin poderse contener.) ¿La noche del estreno de mi comedia?

SAMARI. (Dudando.) No, la noche de mi debut.

NOGAL. (Con la intención de un morucho capeado.) También aquella noche te lo jugaste todo, ¿verdad?

SAMARI. (Se queda un momento mirando a Nogales como si escrudiñara su pensamiento; luego dirige una mirada a Roberto, y contesta secamente.) Sí.

D. RAMIRO. (Que está como en la *higuera.)* Nosotros creímos que nos había visto, porque Charito, que es gran admiradora de usted, palmoteaba como uno de la *clá*. Una de las veces miró usted al palco y esta tontuela a poco se desmaya.

SAMARI. El calor que hacía en el teatro.

NOGYL. (Aparte.) No era mal calor.

D. RAMIRO. Ustedes los periodistas son el demonio, lo saben todo. Igual hunden ustedes a uno, que lo elevan.

ROBER. Lo que ocurre es que, por lo general, somos personas que han vivido intensamente la vida.

y como estamos más allá del Bien y del Mal, lo disculpamos todo.

SAMARI. ¿Todo? (Con intención.)

ROBER. (Haciendo un esfuerzo.) ¡Todo¡

ESCENA XVII

Dichos y EL AVISADOR, por el foro

AVISA. Señorita *Samaritana*. De parte de la empresa, que haga usted el favor de ir un momento a la Dirección.

SRMARI. Con permiso. Vuelvo en seguida. (Mutis.)

D. RAMIRO. A ver si le hace usted una interviú interesante. (Se sietan don Ramiro y Roberto.)

ROBER. Seguramente.

D. RAMIRO. Yo, si usted quiere, puedo contarle algunos detalles.

ROBER. No; prefiero oirlo de boca de ella misma.

D. RAMIRO. Es una muchacha encantadora; está llena de actractivos.

ROBER. Sí, sí. (Un poco nervioso.)

D. RAMIRO. Mire usted que yo he lanzado mujeres; pues ninguna me ha interesado como esta.

NOGAL. (Que se pasea por la escena.) Ya está con su manía. Ahora le dirá que es la única que le quiere de verdad.

D. RAMIRO. A mí me tiene loco, porque es la única que me quiere de verdad.

NOGAL. (Como asintiendo a lo que dijo antes.) ¡Ya *l'ha dao!* como diría la Engracia,

ROBER. ¿Que, le quiere a usted de veras?

D. RAMIRO. Ya lo creo, y he tenido pruebas. Ahora bien,

que a mí no me gusta decírselo a nadie, porque a mi edad no se debe presumir.

ROBER. (Muy nervioso.) ¿Y qué pruebas son esas?

D. RAMIRO. Qué preguntita más inocente. Eso no se puede decir en la interviú. (Riendo maliciosamente.)

ESCENA XVIII

Dichos y *LA SAMARITANA* (por el foro

SAMARI. Ya estoy de vuelta.

D. RAMIRO. ¿Qué te quería la Empresa?

SAMARI. Que trabaje mañana en el vermú.

D. RAMIRO. (Levantándose.) Bueno, como usted tiene que confesarla, los dejamos solos. Mientras nos vamos Nogales y yo a avisar unos coches para ir a "Los Gabrieles". Usted vendrá con nosotros, le invita Charito.

ROBER. Lo agradezco mucho, pero debo ir al periódico.

D. RAMIRO. Esta noche hace usted *rabona;* si es preciso llamo al Director por teléfono y se lo digo. ¿Vamos, Nogales? (A Roberto.) Que la trate usted bien. (A *La Samaritana.*) Y tú cuéntaselo todo, que la Prensa es el cuarto poder. (Mutis con Nogales por el foro.)

NOGAL. (Aparte y al mutis.) Me parece que a esta no la sientan bien las interviús.

ESCENA XIX

LA SAMARITANA, ROBERTO y al final NOGALES

SAMARI. (Sentándose cerca de una mesa. Roberto también se sienta.) Ya era tiempo de que nos viéramos. Seis meses hizo ayer que te fuiste. ¿No has recibido tres cartas mías? (Pequeña pausa.) ¿Te has quedado mudo? (Un poco alarmada.) ¿Te pasa algo? ¿Te pones malo? Estás muy pálido, Roberto.

ROBER. (Haciendo un esfuerzo.) No me ocurre nada. (Queriendo sonreir.) Me sucede lo que dice la copla.

"Siempre que se encuentran solas
personas que se han querido,
se les muda la color
o se les pierde el sentido."

SAMARI. ¿Pero tú me has querido a mí?

ROBER. ¿Que si te he querido? Más de lo que merecías.

SAMARI. No, tú no me has querido. Si eso fuese verdad, el día aquel de la carta, en lugar de escribirme, hubieras entrado en el taller, atropellándolo todo y me hubieras llevado contigo contra todo el mundo. (Pausa.) ¿No me contestas nada? El que calla otorga. Vamos a ver, ¿cómo te has decidido hoy a venir a verme?

ROBER. Porque me lo ordenó el Director.

SAMARI. A otro can con ese hueso. Si tú no hubieses querido venir, habrían mandado a otro.

ROBER. Cierto. Yo quería verte, hablarte, pero no daba

mi brazo a torcer y nunca hubiera venido por mi propio impulso. La orden del Director la acaté con alegría porque disculpaba a mis propios ojos el ansia de verte.

SAMARI. El peligro atrae. Yo bien creí que no te volvería a ver. Una noche... no te rías, Roberto... el banquero no estaba en Madrid y nos fuimos *La Brillantina* y yo al periódico a buscarte y nos dijeron que estabas en Barcelona.

ROBER. Pues varias noches, no te rías Rosario, he estado yo...

SAMARI. No sigas; envuelto en tu capa escondido en un portal cerca de la puerta del escenario.

ROBER. ¿Qnién te lo ha dicho?

SAMARI. Mis ojos, que no me engañan. ¿Me has visto trabajar?

ROBER. No he tenido valor.

SAMARI. (Muy mimosa se levanta y se acerca a él.) Oye, Roberto, ¿tienes novia? No me engañes, dime la verdad.

ROBER. (Poniéndose de pie.) No hablemos de eso, La noche que te escribí la carta creí que me volvía loco. Fuí dos veces a tu casa y no estabas. A la noche siguiente hablé con el sereno y se me cayó el alma al oirle.

SAMARI. ¿Qué te dijo?

ROBER. Que habías llegado de madrugada en un auto con unas... nigrománticas y unos señorones Con esas palabras textuales, aquel hombre me dió una puñalada en el corazón. Puesto a pensar en todo lo malo, me puse en lo peor. Poco después me fuí a Barcelona y si no es por el estreno de la Princesa aún estaría allí.

SMARAI. ¿Pero dudas de que aún te quiero?

ROBER. Es igual; (con intención) dentro de poco el Soto de los Jaraices será suyo.

SAMARI. ¿Cómo sabes tú lo del Soto?

ROBER. Los periodistas lo sabemos todo, (Recalcando.) absolutamente todo.

SAMARI. (Con naturalidad.) Me alegro de que lo sepas todo, así no dudarás de mis palabras.

ROBER. ¿Qué. te alegras?

SAMARI. Naturalmente. Pero el tiempo pasa, van a venir a buscarme y no me has empezado la interviú.

ROBER. La he dejado escrita en el Círculo de Bellas Artes para que la lleve un *botones* al periódico. ¡Qué no sabré yo de tu vida!

SAMARI. Entonces, ¿a qué has venido?

ROBEB. A... verte; ¿te parece poco?

SAMARI. Me parece mucho. Pero tú tienes una cosa que decirme... (Muy mímosa odmniyárle a los ojos.) ¿No sabes que te conozco? ¿No te acuerdas que con mirarme sólo te adivinaba los pensamientos?...

ROBER. Suéltame, Rosario, suéltame.

SAMARI. ¿Pero estás loco? Si no te cojo... Anda, espérame, que voy a vestirme y nos acompañas a "Los Gabrieles"; te sentarás a mi lado y nos pondremos de acuerdo para hablar un rato largo... (Le abraza) ¡Si vieras las ganas que tengo de charlar contigo... solos... solos...!

ROBER. Yo no voy a "Los Gabrieles". (Desasiéndose de ella.)

SAMARI. Sí, Roberto; lo quiero yo... tu Rosario...

ROBER. Te juro que no voy; hace un rato hubiera ido a

"Los Gabrieles", o al Juzgado de Guardia... Ahora, no.

SAMARI. (Cogiéndole las manos y después abrazándole.) ¿No hemos sufrido bastante?... ¡Cabecita loca! ¡Mimosillo!

ROBER. Suéltame, que me voy...

SAMARI. (Echándole los brazos al cuello.) Sí, Roberto, sí; vendrás con migo, porque te lo pido yo, tu muñeca, como me llamabas antes... Porque te quiero con toda mi alma... porque eres mi único amor...

NOGAL. (Por el foro. *La Samaritana* y Roberto inician el mutis sin darse cuenta de la presencia de Nogales; ella va abrazada a él; él quiere y no quiere separarse de ella.) ¡Las virtuosas! (Frotándose las manos y riendo.) Ya le ha caído al banquero un tenedor de libros que le lleve las cuentas.

TELON RAPIDO

ACTO TERCERO

Representa la escena un merendero en la Cuesta de las Perdices. El merendero es un edificio de planta baja y terraza, con dos puertas practicables que dan paso a las habitaciones reservadas. Delante del merendero gran explanada con mesas de marmol y sillas de paja. Al fondo, grandes tiestos con flores. Al levantarse el telón es aun de noche, habiendo ante la puerta del merendero dos arcos voltaicos encendidos. Poco a poco va amaneciendo, y cuando se hace de día claro (un poco antes de terminar la escena II) el mozo apaga los dos arcos voltaicos.

ESCENA PRIMERA

Se levanta el telón y aparecen en escena los personajes siguientes: *LA SAMARITANA*, *LA BRILLANTINA*, ENGRACIA, Doña CELESTINA, LA DUQUESA, MARIQUITA ALBORNOZ, PALMIRA, *LA VALENCIANITA*, NOGALES, Don RAMIRO, QUITERIO, *EL BADANAS*, REGÚLEZ, EDUARDO, UN *TOCAOR*, UN *CANTAOR* O *CANTAORA*. Todos ellos están metidos en faena y quien más, quien menos es víctima de su poquito de *violina;* excepto Eduardo, que ha pescado una borrachera muy decente y la duerme debajo de una mesa, abrazado a una botella, conservan su serenidad, *LA SAMARITANA* y Don

RAMIRO. Al empezar el acto una de las muchachas se está marcando lo suyo encima de una mesa. Procùrese que el público no vea a EDUARDO hasta su debido tiempo.

TODOS. (Aplaudiendo y dando voces.) ¡Olé tu cuerpo! ¡Viva tu madre!

PALMI. ¡Vaya un tango bien bailado¡

NOGAL. ¡Y vaya un movimien¡o de caderas!

BADAN. A mí el tango me disloca. ¿Pero porqué me dislocará a mí el tango?

NOGAL. Suprima el autointerrogatorio y venga un poquito de cante.

TODOS. Sí, sí.

NOGAL. Y venga más vino. ¡Mozo! ¡Mozo! Tráete unas botellas. (Empieza a tocar el *tocaor.*)

ENGRA. (A Encarna.) Ya podían traer algo de comer con las botellas, porque el vino no se *pué* guardar en el cabás.

ENCAR. Cállate ahora. (El *cantaor* se arranca con la siguiente copla.)

CANTA. Cuando se ven por la calle
personas que se han querido,
se les muda la color
o se les pierde el sentido.

(Terminada la copla se oyen nuevos olés y aplausos; el hombre de la guitarra toca un tanguíllo, que se canta el *cantaor,* y que se baila la actriz o el actor que sepa y quiera. Mucha alegría.)

D. RAMIRO. Qué bonita es la copla. ¿Te ha gustado, Charito?

CHARI. Ya lo creo; como que esa copla me ha llegado al corazón.

NOGAL. No está mal; pero a mí me gusta más el tango

que baila ésta. ¡Qué sugestivo! ¡Aquel movimiento de caderas es suculento!

MARIQ. Perico, no hables así, que no está bien en un hombre que se va a casar.

VALEN. ¿Pero que dices?

D. RAMIRO. ¿Que este se va a casar?

ENCAR. ¡Imposible!

MARIQ. ¿Imposible? Que lo diga él.

NOGAL. Yo... la... verdad.. (Como un poco avergonzado, y luego cambiando de tono dice, dirigiéndose a Mariquita.) Pero tú eres un policia; ¿quién te lo ha dicho?...

MARIQ. Es que yo lo sé todo. ¿Lo ven ustedes como era verdad? Conmigo no hay secretos.

ENCAR. ¿Y quién es la *desgraciá* que va a hacer esa locura?

MARIQ. (A Nogales.) ¿Lo digo?

NOGAL. Ya es igual. Puedes acabar de violar el secreto del sumario.

MARIQ. Pues la viuda del bolsista Pablo Garríguez.

D. RAMIRO. Amigo Nogales, está usted dejado de la mano de Dios. ¡Si la viuda de Garríguez es un accidente del trabajo!

MARIQ. Pero con ochenta mil duros de indemnización.

NOGAL. Conste que todavía no me he declarado.

CAHRI. ¿Y tú crees que te hará caso?

NOGAL. No sé, pero no pierdo nada con decírselo: porque un billete de Navidad donde hay muchos jugadores cuesta mil pesetas y es muy difícil atrapar el gordo, y este billete es gratis y juego yo solo.

REGÚL. ¿Y Eduardo? ¿Dónde está Eduardo?

NOGAL. ¿Quién? ¿El fabricante de cuplés? ¡Pues ha desaparecido!

UNOS. ¡Eduardo! (Llamándole.)

OTROS. ¡Eduardo! (Se levantan unos cuantos, y entonces se ve a Eduardo debajo de una mesa, en la forma descrita.)

QUITE. ¡Buena la ha cogido el *tirillas* ese! ¡Hay que ver!

ENGRA. Por lo visto, Eduardo es un chico de buenas costumbres y se retira temprano.

VALEN. Vamos a despertarle a empujones, que aquí no se puede dormir.

NOGAL. Eso es lo que va a decir él, que aquí no se puede dormir. (Nogales le da unos empellones al dormido.) ¡Eduardo! ¡Eduardo! ¡Que ya han pasado las burras de leche!

EDUAR. (Como si soñara.) Estate quieta, Melampa, que no te hago el cuplé.

ENGRA. Vamos, hombre!

EDUAR. (Soñando.)

Chulapilla,
morenilla,
maravilla
de la Villa.

NOGAL. Está soñando con un cuplé. Pues se acabó la poesía. Arriba, hombre, arriba! (Eduardo se despierta; se incorpora; y, sentado en el suelo y abrazado a la botella, dice, dirijiéndose a todos.)

EDUAR. Señores, buenos días. ¿Han descansado ustedes? (Todos ríen.)

DUQUE. A tal hora le amanezca a usted.

EDUAR. Me van ustedes a dispensar, pero es que uno... Me explicaré detenidamente. Empezaré por el origen del cuplé...

BADAN. Hombre, ya se podía ir usted a dormir la *violina...*

EDUAR. ¿Cómo?

BADAN. La *mordaga,* la *tajá,* la borrachera.

EDUAR. Ah, pero usted cree que estoy embriagado; pues para demostrarle que no, le contaré el origen del cuplé...

BADAN. ¿A mí? No hay quién? (Se oye una bocina.)

NOGAL. Encarna; tú que tuteas a todas las bocinas, ¿de quién es ese automóvil?

ENCAR. Me parece que es un alquilón. (Mirando.) No lo dije. Y se apea de él *La Melampa,* ¿qué la habrá *pasao?*

ESCENA II

Dichos y *LA MELAMPA*

MELAM. (Entrando.) Buenos días tengan ustedes.

NOGAL. Pero ¿cómo tú por aquí?

CHARI. ¿Qué te ha pasado?

MELAM. Nada: que soy más desgraciada... Pepe Rivera y Juanito Sanchiz que me ofrecieron llevarme al Pardo en auto, y cuando llegamos a la Puerta de Hierro...

NOGAL. No sigas. Me lo figuro- Te dijeron que se había descompuesto el coche y en cuanto te vieron en la carretera, salieron arreando.

MELAM. Cabalito. Yo me senté en la cuneta hasta que pasaron unos señoritos que me recogieron y

me trajeron hasta aquí, donde sabía que estaban ustedes.

NOGAL. Pues has tenido suerte.

MELAM. ¿Sí?

NOGAL. Ya lo creo. ¿Iban borrachos?

MELAM. No.

NOGAL. Pues si llegan a ir bebidos, en lugar de dejarte en la carretera, te quitan la ropa y te tiran al río, porque esos las gastan así.

BADAN. Pues el día que hagan con mi hija una cosa así, se acuerdan de su padre. Menos mal que uno sabe con quien la deja. Porque mi hija no se va con el último que llega... ¿Y por qué no se va con el último que llega? (A la Encarna.)

ENCAR. Porque se va con el primero.

CELES. (A *La Melampa.*) Pero, chica, ¿vienes sin un zapato?

MELAM. Me lo quité porque me apretaba mucho y se ha quedado en el automóvil.

NOGAL. Anda adentro, que te dejen aunque sea una alpargata del pinche. (*Melampa* hace mutis.)

QUITE. Señores, que hace un rato que el *pumbia* (ademán de tocar el organillo) está *callao.* Vamos a marcarnos lo nuestro.

TODO EL ELEMENTO JOVEN. Sí, sí. A bailar.

QUITE. (A la Duquesa.) ¿Se'*quie usté* bailar un *chotis* con los pies *ataos, señá* Duquesa?

EDUAR. La señora Duquesa odia a los toreros y tiene comprometido conmigo el primer baile.

QUITE. (Aparte.) Tengo ganas de darle a este gorrón un *tanganillazo.* (Eduardo icicia cómicamente el mutis del brazo de la Duquesa.

DUQUE. (Al mutis.) Es que me parezco por la gente fina.

EDUAR. La voy a convidar a usted a un aguardiente que es un bálsamo y de paso la contaré el origen del cuplé. (Mutis.)

QUITE. (A Encarna.) Te *quiés* colisear un poco. (Ademán de baiar.)

ENCAR. Luego. Ahora estoy un poco *mareá*.

QUITE. (A *Badanas*.) Señor Paco, vámonos *pa* dentro a partir una pareja.

BADAN. *Pa* luego es tarde, y con lo que me gusta a mí el baile. ¿Pero por qué me gustará a mí tanto el baile? (Mutis.)

ESCENA III

LA SAMARITANA, ENGRACIA, ENCARNA, MARIQUITA, CELESTINA, DON RAMIRO Y NOGALES. Don RAMIRO está sentado junto a *LA SAMARITANA* y los demás personajes conversan en grupo aparte.

ENCAR. Vamos, doña Celes, que ahora sí que lo pasa usted bien.

ENGRA. Como que el ser señora de compañía de *La Samaritana* es más productivo que poner una tahona.

CELES. En verdad que el taller me daba muchos disgustos.

NOGAL. Claro; como que la martingala del espejo era muy peligrosa.

MARIQ. Ya supo el banquero lo que se hizo al ponerla a usted al lado de Charito.

CELES. Mal me está el decirlo, pero soy un perro.

NOGAL. Lo tendré en cuenta para no hacerla a usted rabiar,

CELES. Este Nogales es siempre el mismo.

ENCAR. ¿Y el periodista no ha intentado verla alguna vez?

CELES. Ni pensarlo. Además ha dejado el periódico, ha estrenado tres obras y gana la mar de dinero en el Casino y se da una vida de príncipe, sin pensar en ella.

ENGRA. Pues ahora qne está en dinero es cuando se la debía llevar.

CELES. No conseguiría nada. Para algo soy yo la persona de confianza de don Ramiro.

NOGAL. Lo más gracioso del caso es que el culpable de que no se hayan arreglado puede que sea yo.

MARIQ. ¿Tú, por qué?

NOGAL. Porque la noche en qne creí que ya tenía el banquero un tenedor de libros que le llevara las cuentas, al darse el muchacho cuenta de mi presencia, huyó precipitadamente.

MARIQ. Pero pudo volver.

NOGAL. No; porque en aquel momento estaría trastornado y luego en frío reflexionaria sobre lo que le dijo el banquero.

MARIQ. ¿Y qué fué?

NOGAL. Lo de siempre. Le contó en secreto que Charito le quería de verdad y que tenía pruebas.

D. RAMIRO. (A Charito.) De hoy no pasa que tú y yo arreglemos nuestras cosas.

CHARI. Usted y yo lo tenemos todo arreglado. No insista usted. Sé todo lo que le debo; pero no

puedo tenerle otro afecto que el cariño que se tiene a la familia... cuando la familia no es como la mía.

D. RAMIRO. Pero escucha, tontuela, para mí es un compromiso de honor regalarte el Soto de los Jaraices.

CHARI. Si viera usted lo triste qne me pongo cuando me habla usted de ello.

D. RAMIRO. Quien te oyera creería que yo soy un hombre malo.

CHARI. Qué ha de ser usted malo.

D. RAMIRO. ¿Qué te pido yo? Que me quieras un poquito, que me llames de tú delante de la gente. Menos todavía. Con que los que nos rodean supongan que me quieres me basta.

CHARI. ¿Que suponga la gente que yo le quiero a usted? Eso es más inocente que hacer trampas en un solitario.

D. RAMIRO. Nada, que no me entiendes. Si lo que yo quiero es conquistarte, pero sin conquistarte, ¿me comprendes ahora?

CHARI. De sobra. Lo que usted quiere es que la gente crea qne soy su amante.

D. RAMIRO. (Eludiendo la respuesta.) Mira, Charito, tus padres te han abandonado, te ha olvidado aquel novio de que me hablabas, tienes un hermano que es un castigo quien puede ponerte la cara colorada?

CHARI. Nadie; pero me da tanta vergüenza pensar en lo que usted dice, que si tuviera valor ya habría hecho una barbaridad.

D. RAMIRO. Charito, estás loca.

CHARI. Estoy en mi sano juicio; pero es muy triste que

a los veinte años no pueda vivir honradamente, teniendo un padre y un hermano que lejos de defenderme me empujan al precipicio. La gente se figura que es feliz *La Samaritana* porque ignora lo desgraciada que es Rosario Ruiz.

ESCENA IV

Dichos, la DUQUESA y EDUARDO, que salen del brazo llevando Eduardo el cabás grande de Engracia.

EDUAR. Mi señora Duquesa; ¿por qué no se hace usted tonadillera? Yo la preparo a usted un repertorio que va a ser el *desempantuflen.*

DUQUE. Yo no puedo dedicarme a eso porque es un oficio de villanos. Ignora usted que soy de sangre azul.

EDUAR. (Aparte.) De sangre azul y en cuanto la hablan de un chocolate con media la dan congojas.

DUQUE. ¿Para qué ha cogido usted ese cabás?

EDUAR. Calle usted, que nos vamos a dar un festín. (Se acerca a una mesa apartada, abre el cabás y empieza a sacar frutas, bocadillos, dulces, un par de barras de Viena, etc., etc. La duquesa coge una barra de Viena y se la come.) Vaya usted eligiendo lo que la guste más.

NOGAL. (Reparando en ello.) ¡Anda! Eduardo convidando a la Duquesa.

ENGRA. (Que se vuelve y se da cuenta de ello, se levanta y se dirije como una flecha a ellos.) ¡Mi cabás! ¡Ya *l'a dao!* Pero oiga usted, *so pelanas,* ¿con permiso de quién ha cogido usted esto. (Empieza a guardar toda la comida precipitadamente.)

EDUAR. Haga usted el favor de no faltar.

D. RAMIRO. Haya paz, que la cosa no tiene importancia.

EDUAR. Vamos, que en tres días no irá usted a la compra.

ENGRA. Hay que ver también el cuajo de la mujer esta. (Por la Duquesa.)

DUQUE. A mí no me meta usted en líos.

EDUAR. ¿Quién la ha faltado a usted? A ver, que me la traigan. (Hace como que se busca un arma y saca una llave de puerta de calle.)

DUQUE. Este hombre es mi paladín. (Mutis.)

ENCAR. Eduardo: váyase adentro y que le den una taza de café sin azúcar.

NOGAL. No está mal. Ande, que yo le acompaño.

EDUAR. Yo tomo el café con una condición: Que me acompañe don Ramiro para que me respeten.

MARIQ. Deje usted al banquero tranquilo.

EDUAR. (Yéndose hasta donde está don Ramiro sentado.) Don Ramiro, usted es mi padre. (Le abraza.)

D. RAMI. (Con tono bonachón.) ¿Qué le ocurre?

EDUAR. Que me acompañe usted a tomar café.

CHARI. Sí, acompáñale, porque si no, no nos deja en paz.

D. RAMIRO. (Levantándose.) Vamos, vamos donde usted quiera, amigo Eduardo.

EDUAR. Gracias, mi señor don Ramiro. Cómo se conoce que es usted una persona decente! ¿Usted tiene idea del origen del cuplé? (Mutis con el banquero.)

ESCENA V

Dichos menos DON RAMIRO y EDUARDO

NOGAL. Engracia; hoy está usted más despabilada que otros días; ¿cómo no se ha ido usted a echar un ratito?

ENGRA. Porque no quiero que ocurra lo del lunes, que se olvidaron *ustés* de mí y me llamó un camarero a las once porque me quedé traspuesta y me tuve que *dir* a pala.

MARIQ. Y que hoy no se quiere usted separar ya del cabás, ¿verdad?

ENCAR. Que se quema usted. (En este momento se oye en el interior del merendero un ruido espantoso de cacharros que se hacen cisco. El camarero 2.º recoge el servicio donde estaba Nogales.)

ENGRA. (Al oir el ruido.) ¡Ya *l'a dao!*

NOGAL. ¡Azúcar! Eso es ganancia para el establecimiento.

MOZO (Que continúa recogiendo el servicio.) No es *ná*. Unos señoritos y unas mujeres... *baritónicas*, con perdón sea dicho, que están de juerga hace dos días.

NOGAL. Se conoce que juegan a la guerra europea.

MOZO. El más flamenco de todos, el que se entretiene en romper la vajilla, es uno que le dicen don Roberto Martín, que escribe comedias. ¡Más campechano es!

CHARI. ¿Cómo ha dicho usted?

CELES. ¡Vaya, se nos aguó la fiesta!

MOZO. Don Roberto Martín. Tiene unas simpatías con las mujeres.

ENCAR. Buena la ha hecho el camarero; ya se nos ha puesto triste la señora.

CHARI. (Procurando sonreir.) No, no me he puesto triste. Es que me ha impresionado la noticia; pero ya pasó.

CELES. ¡El demonio que te crea! (Aparte.)

MARIQ. Pues no se merece ese hombre que tú te impresiones por él.

ENGRA. Ya ves lo que se acuerda de tu persona.

CELES. Afortunadamente tu suerte ha sido que no haya vuelto a pensar en tí, porque si os juntais los dos...

ENGRA. Estarían a estas horas *ca* uno por su lado y esta con un chicuzo a la rastra.

CHARI. Les suplico a ustedes que no me hablen más del asunto; aquello ya pasó. (Siguen hablando en voz baja.)

ESCENA VI

Dichos y QUITERIO y *EL BADANAS* por la puerta del establecimiento.

BADAN. (A Quiterio.) ¿Y en qué quedó lo de la francesilla aquella que te camelaba?

QUITE. Estaba *trastorná*. Mucho *mon cheri, mon cheri* y luego *mon cheri* que tomaba un automóvil con otro *mon cheri* y de verano.

BADAN. Pero tú te das una vida de *fox-terrier*.

QUITE. Pues a usted tampoco le mata el trabajo.

BADAN. No creas que no es un censo cuidar de la chica y cobrar el sueldo todas las noches. Y eso que yo le he dicho a la Empresa: como son ustedes de fiar, ¿por qué no nos pagan por decenas *adelantás?*

QUITE ¿Y qué le han *contestao?*

BADAN. Que *tien* mucho gusto en verme a diario. Como uno se hace simpático. ¿Y por qué se hace uno simpático?

QUITE. Es que no hacer *ná* es muy *cansao*.

BADAN. Dímelo a mí. Pero chico, yo no sé que tiene este *Madrí* que ni el gato se quiere marchar.

QUITE. *Pa* mí que se quedan por el agua de Lozoya, que es caldo de gallina.

BADAN. Como que *Madrí* es Jauja. A que no has visto en el extranjero, esos letreros que dicen: "pan caliente a todas horas". ¿Y por qué hay pan caliente a todas horas? Pues porque ese es un letrero que da ánimos. ¿Y por qué da ánimos...

QUITE. Bueno, señor *Badanas,* ya me lo contará usted luego. (A los del grupo.) Dice don Ramiro que se vayan ustedes un rato al salón del piano a hacerle compañía porque le ha *atarazao* el *bitongo* de los cuplés y no le deja en paz.

NOGAL. Bneno, vamos. (Se ponen de pie. A Charito que permanece sentada.) ¿No vienes, Charito?

CHARI. Ahora iré. Quiero disfrutar un rato del campo.

QUITE. (Reparando en que su hermana está triste.) Oye; ¿pero qné cara es esa *pa* un día de juerga.

CHARI. La que tengo.

QUITE. ¡Aguanta! Ya se ha puesto ética doña *Histérica* Martínez.

CHARI. No te apures, (levantándose) que me parece que no os voy aguar muchas fiestas.

QUITE. ¿Pero señor, qué hago yo?

MARIQ. Nada absolutamente.

QUITE. Pues natural... Sl no fuera porque están aquí estos señores, te acordabas de mí. (Amenazándola.)

ENGRA. Hombre, por Dios, que es su hermana.

QUITE. Ya se lo diré yo a padre.

CHARI. Lo que le tienes que decir es que eres un sin-

vergüenza. ¿Qué has hecho de un billete de cinco duros que tenía en el tocador del teatro?

QUITE. Y a mí qué me cuentas.

CHARI. Tengo dos personas que te han visto cogerlo.

QUITE. Toma, y yo tengo cincuenta que no me han visto.

BADAN. (A Engracia.) Se ha *percatao* usted de la frescura del hermanito. Es que los hay *amerengaos*.

ENGRA. ¡Les hay! ¡Les hay!

BADAN. ¿Pero por qué *les* hay *amerengaos?*

ENGRA. ¿Y por qué me da usted a mí la lata?

NOGAL. Bueno, vámonos adentro. ¿Te quedas definitivamente?

QUITE. Déjenla ustedes ya, que se ponga a hablar con los árboles, que es *mu* poético.

NOGAL. Encarna, ¿quiere usted que nos marquemos una habanera?

ENCAR. (Mirando a Quiterio.) ¿Qué digo?

QUITE. Que bueno; pero a ver si hay compostura, no te ponga yo un ojo *cincelao*. (Mutis de Encarna, Nogales y Quiterio.)

ENGRA. ¿Qué la habrá *dao* ese hombre a mi hermana que la tiene *narcotizá?*

BADAN. *Señá* Engracia, ¿quiere usted que nos bailemos un *chotis* los tres?

ENGRA. ¿Qué tres? (Mirando a todos lados como buscando el tercero.

BADAN. Yo, usted y el cabás.

ENGRA. Nos ha *escuajaringao* el tío este. (Mutis.)

BADAN. ¿Pero por qué dirá que la he *escuajaringao?* (Mutis detrás de Engracia.)

ESCENA VII

CHARITO *LA SAMARITANA*, MOZO y a poco ROBERTO

(La Samaritana en cuanto se queda sola se aproxima a la puerta por donde se fueron los demás personajes; luego baja a la escena y, después de cerciorarse de que está sola, dice:)

CHARI. ¡Mozo! ¡Mozo!

MOZO. (Saliendo.) ¡Señorita!

CHARI. Haga usted el favor de llamar a ese señor Martín de que habló usted.

MOZO. ¿El que *estampana* las vajillas?

CHARI. El mismo.

MOZO. Voy. (Al mutis.) Dicen que ese hombre contra más bebido está, contra mejor escribe. ¡No lo comprendo!

CHARI. (Muy nerviosa, rompe una a una las varillas del abanico.) ¿Será verdad que está hecho un perdido? ¡Pobrecillo! De seguro que lo hace por olvidar.

ROBER. (Dentro.) Como sea una pelmaza, te vuelco la ponchera en la cabeza.

MOZO (Saliendo delante de Roberto.) Le digo a usted que más bonita no se *encolambra;* tiene unos ojos y una cara y un talle...

ROBER. ¡A ver si es un chucho!

CHARI. Soy yo quien te llamaba.

ROBER. (Que salió a medios pelos, con la corbata suelta, al ver a *La Samaritana,* se queda un momento mirándola con la natural sorpresa y luego procura reponerse y componer su figura. Al mozo.) Si me dices

que era *La Samaritana,* te ahorras la descripción. Toma (Le da un duro.) y vete.

MOZO Gracias, señorito. (Mutis.)

ROBER. ¿Cómo usted por aquí, señorita *Samaritana*?

CHARI. Quería felicitar por su último éxito a don Roberto Martín, y he venido a verle a su despacho.

ROBER. ¿Para eso ha madrugado usted? Con una postal habría usted quedado pero que *súper.*

CHARI. ¡Pero que *súper!* Cómo se conoce que eres tú ahora el que se reune con gente distinguida. Ya sé que hace dos días que estás aquí de juerga. ¡Qué pena me das, Roberto! ¿Por qué juegas? ¿Por qué bebes?

ROBER. Porque necesito distraerme. Ya me imagino que tú habrás venido a hacer penitencia.

CHARI. Yo he venido a que los demás se diviertan.

ROBER. Pues haces una tontería. ¡Diviértete como yo!

CHARI. ¿Pero tú estás seguro de que te diviertes?

ROBER. Muy seguro no estoy. Siempre que puedo, procuro engañarme, o dejo que me engañen. De sobra sé que la vida es un continuo padecer.

CHARI. Puede que tengas razón; pero acuérdate de que tú me has dicho muchas veces que nada había más santo que el trabajo.

ROBER. Cierto que te lo he dicho; pero no es menos cierto que unos nacen hormigas y otros cigarras. Hubo en mi vida un momento en que una mujer, robándome el cariño, quiso que yo fuera hormiga, y lo hubiera conseguido a no haberse interpuesto en mi camino nada menos que un opulento banquero, que se llevó lo que era mío.

CHARI. Eso no es verdad. Ese pobre hombre a que te refieres no se ha llevado nada tuyo; que has de saber, Roberto, que hoy, como el día en que te conocí, puedo mirar al sol sin tener que taparme los ojos con la mano.

ROBER. Aunque sea verdad lo que dices, el mundo cree lo mismo que creí yo la noche que fuiste a «Los Gabrieles». No en vano se lo cuenta en secreto a todo el mundo don Ramiro.

CHARI. El mundo puede creer lo que quiera; a mí me basta con que Dios sepa que soy honrada.

ROBER. Aquella noche en que fuiste a «Los Gabrieles»...

CHARI. No; dí mejor: aquella noche que yo te abandoné para que fueras a «Los Gabrieles»...

ROBER. Como quieras. Aquella noche iba yo decidido a sacarte de allí... Otro hombre, al saber lo que yo supe, hubiera resuelto el problema de su vida a tiros; yo lo resolví marchándome... ¡Porque yo lo disculpo todo! Desde entonces soy cigarra, y cigarra seré hasta que la muerte se enamore de mí. Cuando fría y silenciosa me cierre los ojos, ¡estos ojos que sólo han llorado por tí!, me encontrará cantando... ¡Es mi sino!

CHARI. Piensa, Roberto, que aún es tiempo de que seamos felices. Yo no puedo ser feliz sin tí; tú tienes que pedirle al vino la alegría que te falta, la que te puedo dar yo; créeme, Roberto; soy honrada por tí; vámonos... (Cogiéndole e iniciando el mutis.) ¡vámonos!

ROBER. Imposible.

CHARI. ¿Quién nos lo impide?

ROBER. ¡La mala suerte! No hacemos jamás lo que nos

conviene ni lo que queremos, sino lo que la Fatalidad nos manda. ¿Contra sus designios quien se rebela?

CHARI. Yo, yo me rebelo, porque sé que sin tí no tendría un momento tranquilo. (Pausa.) Pero tú no me quieres, si me quisieras vendrías a buscarme con los brazos abiertos. (Roberto intenta hablar y ella no le deja.) No pretendas convencerme con palabras; tú tienes más talento que yo, pero no puedes engañarme.

ROBER. Dices eso sabiendo cómo te he querido siempre, cómo te quiero ahora...

CHARI. (Interrumpiéndole.) ¡Ahora también! ¿Pues entonces?...

ROBER. Tu modo de vivir te alejó de mí para siempre. No puedes ser mi mujer porque eres, para el mundo, Charito, la del banquero; porque te nombran con un alias, como una mujer cualquiera; porque ya no eres Rosario, la novia de mis ilusiones... Eres *La Samaritana*, la amante de don Ramiro Montenegro.

CHARI. ¿Qué dices?

ROBER. No puedo casarme contigo. Me lo impide el decir de la gente. ¡Tú sabes que yo también vivo del público! En eso...somos iguales, absolutamente iguales; en lo demás nos separa un abismo. Por eso no puedes ser mi mujer, y no puedes ser mi amante porque yo te quiero mucho, muchísimo, más de lo que tú te figuras.., Yo no debo, yo no quiero hacerte aún más desgraciada.

CHARI. No te importe; te quiero a pesar de todo, aunque tú no me des más que tus besos. (Le abraza.)

ROBER. Si te besara me atormentaría la duda de que tus besos no fueran los únicos que habías dado por cariño.

CHARI. ¡Tú no sufres tanto como yo!

ROBER. Más que tú, mucho más que tú. El no tenerte a mi lado es para mí un suplicio, y otro, el saber que nosotros no tenemos la culpa de nuestra separación.

CHARI. ¿Y si no somos culpables porqué hemos de pagar un delito que no cometimos?

ROBER. Porque así es la vida. Estamos sugetos a la opinión de los demás, y nuestra voluntad es lo de menos. Yo puedo decorosamente vivir junto al vicio, ésto será hasta gracioso para el mundo, pero mi dignidad me impide ser feliz y mi amor propio. Porque yo también, en muchas noches de calentura, cuando recordaba que tú me habías jurado que eras buena, me preguntaba, ¿y si no es verdad? Que las malas ideas, como las hierbas malas, echan en todas partes raíces. ¡Qué le vamos a hacer! Somos dos desgraciados, que han de ocultarle al mundo su tristeza...

CHARI. Roberto... ¡Roberto¡... Llévame contigo. (Le coge amorosamente llora.)

ESCENA VIII

Dichos y doña CELESTINA

CELES. (Sale y tose; al oir la tos suelta *La Samaritana* a Roberto.) ¿Pero estabas tú aqui, Roberto? (Mirándole a la cara.) Hijo, que mala cara tienes. Claro,

dos días sin acostarte. ¡Ay! Parece que os han *dao* cañazo. Si os estorbo me voy...

ROBER. ¿Estorbar? Al contrario, usted siempre llega muy a tiempo. (Con ironía.)

CELES. Siempre, no sé. Pero ahora he venido a tiempo, no lo dudes, hijo...

CHARI. (Disgustada.) ¿Y porqué ha llegado usted ahora a tiempo?

CELES. (Con intención.) Porque cuando venía a buscarte, me he encontrado, ahí, en el pasillo, a una mujeruca *mu* mal *encará* y toda pintarrajeada qne le preguntaba a un camarero por éste. Yo le he dicho que estabas arriba, en la terraza.

CHARI. Será la novia de algún amigo, ¿verdad, Roberto?

ROBER. No; debe ser una de las muchachas que hemos traído para que nos diviertan un poco.

CELES. Pues hijo, ella por quien preguntaba era por tí.

ROBER. Como soy yo quien paga no me extraña... Bueno, Rosario, me voy; sería desagradable que salieran esos bárbaros que me acompañan. Están un poco bebidos y... (Queriéndose ir y dudando.)

CHARI. ¿Pero te vas, Roberto?

ROBER. Sí, Rosario.

CHARI. (Confidencialmente y con ansiedad.) ¿Te espero? ¿No me querrás ver mañana u otro día? Piénsalo, Roberto.

ROBER. No; me voy para siempre;

CHARI. Para siempre, no!

ROBER. Para siempre, sí. Compréndelo. No depende de nosotros. Por última vez te digo que no somos iguales. (Marcha despacio hasta la puerta del foro. Charito va tras él como sugestionada.)

CELES. ¿No me dices adiós? Ya sabes que yo te quiero

bien y que siempre te he despedido con la sonrisa en los labios.

ROBER. Es que hay sonrisas que hieren como una puñalada. (Se separa violentamente de Charito.) ¡Adiós, Rosario, adiós! (Entra rápido en la casa y dice.) ¡Casa, casa! (Dando palmadas.) Que metan en hielo dos botellas de champagne. (*La Samaritana* vuelve muy triste, y al llegar frente a doña Celestina se encara con ella y mirándola con rabia, dice.)

CHARI. ¿Porqué ha salido usted a interrumpir nuestra conversación?

CELES. Para evitar que esa mujerota, que está con él, te viera y te insultara.

CHARI. Esa mujer no estará con él sólo...

CELES. Con él, Charito, con él; cuando yo te lo digo; en fin, con que sepas que le ha puesto casa, te bastará para comprender que no estaba, pero que ni medio bien, que *La Samaritana* saliera en los papeles por haberse peleado con una mujer y por el loco de Roberto... Y ahora, ¿me agradeces el favor que te he hecho?

CHARI. No tiene usted idea de lo que se lo agradezco; (con ironía) pero esa mujer no vive con Roberto ni ocho días, o dejo yo de ser quien soy... (Con fiereza.)

CELES. ¿Pero estás loca?

CHARI. Lo estaré si sigo haciéndole a usted caso. (Hablando consigo misma.) ¿Para siempre?... ¡No! Mañana seremos los dos iguales y... hablaremos. (Se oye elrumor de la juerga que se aproxima.)

NOGAL. (Dentro.) ¡Viva el amor libre!

TODOS. ¡Viva!

CELES. (Aparte.) Esos vienen como llovidos del cielo.

NOGAL. (Dentro, pero más cerca.) ¡Vivan las viejas con dinero! (Gran risa en los demás.)

TODOS. ¡Vivaaaa!

ESCENA ÚLTIMA

Salen en medio de la mayor algazara. Delante PALMIRA y *LA VALENCIANITA* llevando, a la sillita de la reina, a don RAMIRO. A los lados van QUITERIO y *EL BADANAS*, con dos sombreros que se han hecho de papel; cada uno lleva una bandeja y una cuchara, las que utilizan como si tocaran el bombo. Detrás sale EDUARDO, metido entre las varas del carrito del piano de manubrio y tirando de él; a los lados de las varas van tirando de las correas la DUQUESA y REGÚLEZ, y subido en la parte postertor del piano, NOGALES, a quien rodean todas las muchachas queriéndole hacer bajar. Mucha algazara y mucha alegría. Continúan en escena los personajes de la anterior, menos ROBERTO

(Todos los que salen en la juerga cantan, acompañados por el organillo, la parte que sigue del cuplé «La Chulapona».)

Si seré chula, señores,
que cuando voy de verbena
en vez de ponerme flores
me adorno con *yerbabuena*.
Porque me ha dicho mi novio
que es un gachó que camelo
que no quiere verme flores
en el pelo.
Chulapona, chulapona,
eso dicen
cuando pasa
mi persona...

NOGAL. ¡Viva la alegría!

TODOS. ¡Viva!

(Están bailando, Eduardo con la Duqnesa; Quiterio con *La Brillantina;* Nogales con la Engracia; *Badanas* con *La Valencianita;* y las demás mujeres, por parejas. *La Samaritaña* está sentada, y a su lado se encuentran Celestina y Mariquita.)

CHARI. (Levantándose, extiende la mano y dice.) Señores, un momento. (Aparte.) Dios sabrá perdonarme. (Todos se quedan en la posición que en les cogió la voz de *La Samaritana.*)

QUITE. (Rápidamente a *La Brillantina.*) A que mi hermana va a meter el cuezo.

CHARI. (Al banquero.) Oye, Ramiro.

D. RAMIRO. ¿Yo? (Un poco asombrado).

CHARI. Tú, sí, tú. (Con mucha intención para hacer notar que le tutea.) He pensado que, si te parece bien, esta juerga debe continuar en mi finca: ¡en el Soto de los Jaraices!

D. RAMIRO. (Loco de alegría se pone a su lado.) ¿Qué dices, Charito?

CELES. (Aparte.) ¡Por fin!

CHARI. Lo que oyes, Ramiro que estoy muy contenta y quiero que pasemos en mi finca unos dias alegres. (El banquero se aproxima más a Charito, muy amoroso.)

ENGRA. ¡Ahora si que *l' ha dao!* (Nogales saca a bailar a Mariquita.)

QUITE. Señores, ¡viva mi hermana!

Suena de nuevo el piano y todos bailan con mucha alegría y vuelven a cantar «La Chulapona». *La Samaritana,* al oir a su hermano, le mira fijamente y cae sentada en una silla. A su lado se ponen don Ramiro y doña Celestina, que simulan hablarla con mucho

interés. *La Samaritana,* que está ensimismada y no se entera de lo que ocurre a su alrededor, coge una copa de Jerez, se la bebe de un sorbo y llena enseguida otra, haciendo como si fuera a beberla.
Procúrese que caiga el telón en medio de la mayor alegría y en el momenen qne *La Samaritana* va a beber la segunda copa de Jerez.)

TELÓN

FIN DE LA OBRA

Obras de los mismos autores.

El acreditado Don Felipe (sainete en un acto), música de Noir y Alcaraz.

La Guía del forastero (revista), música de Noir y Alcaraz.

Cura en dos días (sainete en un acto), música de Orejón.

El chico del cafetín (sainete en un acto), música de Calleja.

El baile de la Flor (sainete en un acto), música de Barrera y Foglietti.

La Mary-Tornes (zarzuela cómica en dos actos, refundida después en uno), música de Quislant y Ribas.

Varietés a domicilio (cuadro de costumbres), música de Foglietti.

Troteras y danzaderas, o los pendientes de la Tarara (sainete en dos actos).

La Romántica (sainete en un acto), música de Calleja.

Serafina la Rubiales, o ¡Un noche en el Juzgao! (sainete en un acto), música de Quinito Valverde y Foglietti.

Budín y Budón (traducción del vaudeville francés "Florette et Patapon"). ¡Lagarto, lagarto! No lo volveremos a hacer más.

Don Feliz del Mamporro (revista en un acto), música de Castro Junior.

Las Pecadoras (comedia en tres actos).

A la puerta del café (entremés).

La suerte de Salustiano, o del Rastro a Recoletos (comedia de costumbres, en tres actos).

El Giro Mutuo (apropósito), música de Foglietti.

La sala de espera (entremés).

La boda de Cayetana, o una tarde en Amaniel (sainete en un acto), música de Luna.

La playa de moda (apropósito cómico-lírico-veraniego), música de Foglietti.

El gusano de luz (revista cómico-lírica), música de Foglietti.

PRECIO: DOS PESETAS